

La Ilustración Artística

Año XIX

← BARCELONA 21 DE MAYO DE 1900 →

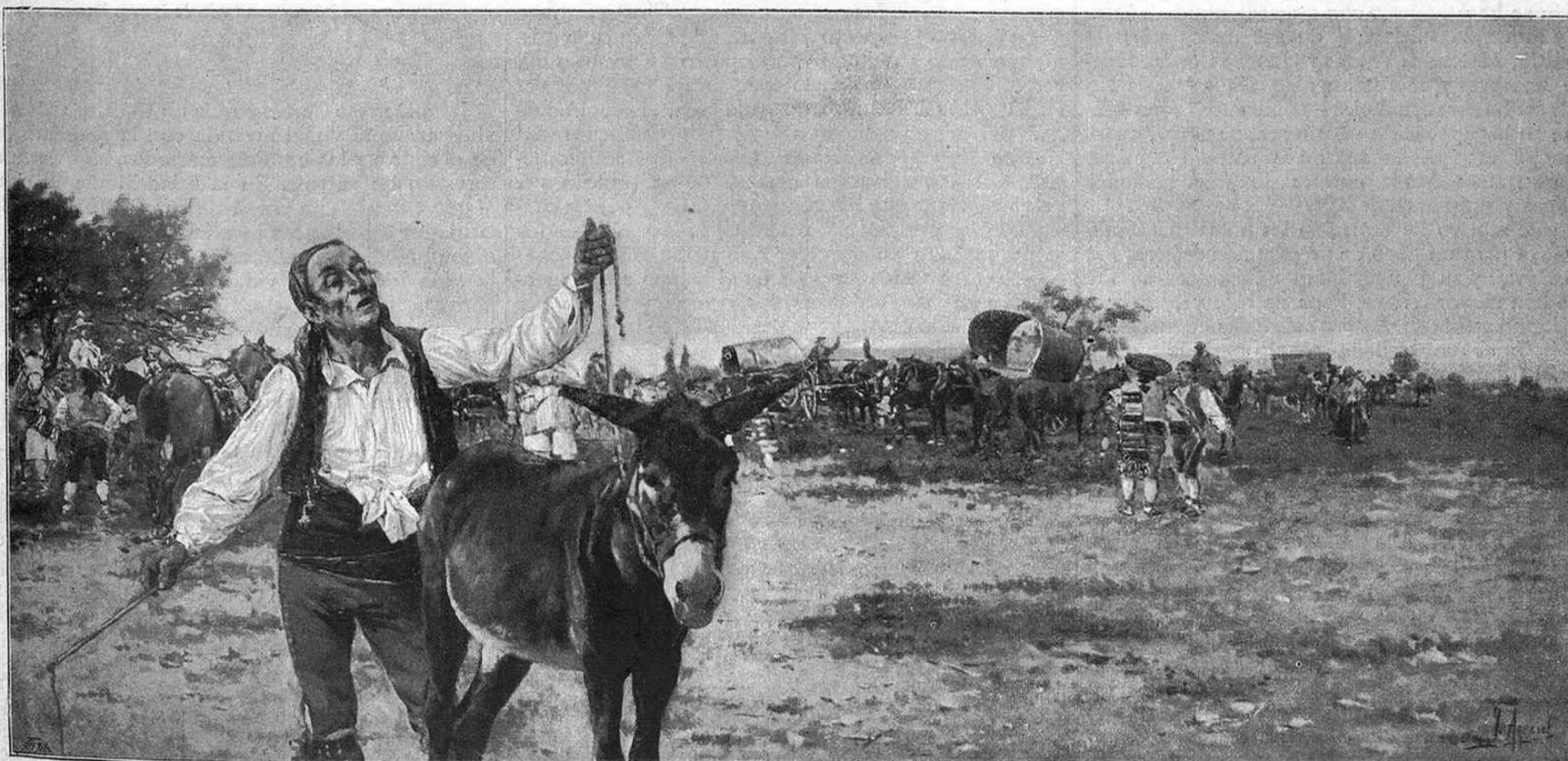
Núm. 960

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA ÚLTIMA COPA, cuadro de Francisco Masiera

(Salón Parés)



ALLÁ VA!, cuadro de Joaquín Agrassot

Salón Parés



ADVERTENCIAS

Próximamente repartiremos á los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal** el segundo de los tomos correspondientes á la serie del presente año, que será el primero de la famosa obra de Lesage **GIL BLAS DE SANTILLANA**, edición de lujo con magníficas ilustraciones del notable dibujante francés Mauricio Leloir, digna bajo todos conceptos de figurar en las mejores bibliotecas.

Al proceder al reparto del citado libro, tendremos en cuenta las peticiones que nos han dirigido nuestros corresponsales motivadas por el ofrecimiento que hicimos en el prospecto de este año, y les enviaremos, en su consecuencia, en vez del primer tomo de **GIL BLAS DE SANTILLANA**, el primero de la importante obra **PENSAMIENTOS Y RECUERDOS DE OTÓN, PRÍNCIPE DE BISMARCK**, cuyo segundo tomo les será remitido cuando procedamos al reparto del segundo de la obra de Lesage.

En el presente número empezamos la publicación de la interesante novela **Los dos pilletes**, de Pedro Decourcelle. El éxito que ha obtenido esta obra en Francia y el alcanzado en todo el mundo por el melodrama del mismo título y del propio autor, sacado de esta misma novela, hacen innecesario su elogio.

Estamos seguros de que nuestros lectores verán con gusto la publicación en **LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA** de **Los dos pilletes**, cuyas ilustraciones hemos confiado al reputado dibujante Sr. Cabrinety.

SUMARIO

Texto.— *La vida contemporánea.* Goya. Donoso, por Emilia Pardo Bazán. — *Manuel Pardo y Aliaga*, por la baronesa de Wilson. — *Carolinias Orientales. La colonia de Ponapé.* — *Gluck, «el Inimitable»*, por Eduardo Zamacois. — *Guerra anglo-boer*, por A. — *Nuestros grabados.* — *Teatros.* — *Necrología.* — *Problema de ajedrez.* — *Los dos pilletes*, novela por Pierre Decourcelle, con ilustraciones de J. Cabrinety. — *La fototerapia*, por el Dr. A. Cartaz. — Libros recibidos.

Grabados.— *La última copa*, cuadro de Francisco Masriera. — *¡Allá va!*, cuadro de Joaquín Agrassot. — *Manuel Pardo y Aliaga.* — *Carolinias Orientales. La colonia de Ponapé*, siete grabados. — *Guerra anglo-boer. Prisioneros boers en la ciudad del Cabo.* — *Centinelas boers.* — *El poeta Dante en Florencia*, cuadro de Rafael Sorbi. — *Estudio para el cuadro «La Primavera»*, obra de F. Appleyard. — *Fuelle artístico de latón modelado por May L. G. Cooksey.* — Fig. 1. Tratamiento de enfermedades por la luz solar. — Fig. 2. Lente para concentrar los rayos solares. — Fig. 3. Esquema del aparato para luz eléctrica. — *En peligro*, cuadro de Laureano Barráu.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

GOYA. — DONOSO

Goya es de actualidad. Ciento cuarenta obras de su fecundísimo y genial pincel se hallan expuestas en el ministerio de Fomento, en una sala dispuesta *ad hoc*, adornada con tapices y que ya se ha abierto al público, entrándose en ella por dinero y gratis. También se ha celebrado con gran solemnidad, entre motín y motín, la traslación de sus restos y los de de Moratín, Meléndez Valdés y Donoso Cortés. Huecos de hombres que fueron algo afrancesados sin dejar de ser buenos españoles — como sucede frecuentemente en las épocas de decadencia nacional, cuando la mejor manera de amar á la patria es querer inocular en sus venas la cultura de otras naciones más felices y prósperas.

Con este motivo he repasado las notas que tengo sobre Goya para un libro en preparación referente al *arte moderno*; y su personalidad exuberante se me aparece con mayor relieve, llena de brío y de animación. El gran artista se destaca sobre sus compañeros de *traslación de restos* y llena solo un período que sin él sería el triunfo de lo convencional y de la imitación fría y desmayada. Es el único verdadero *genio* de los cuatro trasladados.

* *

Goya, aunque tan próximo á nosotros, tiene ya una leyenda que no cede á la del Españolito ó de Muriillo, y es en balde que el entendido y competente D. Ceferino Araujo Sánchez haya querido disiparla, porque las leyendas tienen siete vidas como los gatos, y cuando acá las matan, allá resucitan. La leyenda nos representa á un Goya calavera, mujeriego perdido, mañón, pendenciero, romántico, enredado en lances con las manolas y las damas de alta alcurnia, y la verdad nos le muestra *en prosa*, clásico, pacífico, hombre de familia; aragonés neto. La leyenda nos dice que Goya fué un satírico trascendental, un tremendo simbolista, casi apocalíptico; la crítica del Sr. Araujo (en esto excesivamente negativa) rebaja mucho de estas profundas intenciones y le califica

más bien de un escéptico dispuesto á sonreír con ironía ante la comedia humana, y antes que pronto al sacrificio, deseoso de transigir con lo que se adaptase á sus conveniencias y propósitos. Hasta de su exaltación patriótica duda la crítica de Araujo, y no sólo duda, sino que la niega á puño cerrado. Para Goya, tan feroz era el español que mataba al francés, como el francés que fusilaba al español. La fiera, la barbarie, la estupidez humana en conjunto es lo que Goya veía y lo que satirizaba sin compasión y sin hacer excepciones en pro de determinados ideales.

Tratándose de Goya, es natural que se haya formado leyenda. Porque si no hay sugestión legendaria en la vida y carácter del pintor, la hay y poderosísima en sus obras. Lo que en sus actos no existe, lo ve la fantasía al través de aquella producción tan expresiva, enérgica, inmensa, variada, castiza, original hasta dar en extravagante. Sucédele á Goya lo que á Cervantes; se descubre en sus obras un *contenido* enorme, y el interpretarle es la tarea más fácil y grata del mundo; forjar sobre el autor una novela, sólo requiere algo de imaginación efectista.

La novela forjada sobre Goya por el escritor francés Carlos Iriarte tiene todos los requisitos. Goya aparece convertido en galán de comedia antigua; por una riña á cuchilladas se ve precisado á ausentarse de Zaragoza; para realizar el viaje á Roma, careciendo de recursos, se mete á torero y va con su cuadrilla de plaza en plaza; en Roma sigue siendo «el aventurero de siempre, persiguiendo transtiberinas y riñendo á navajadas con los hombres del pueblo;» intentando el rapto de una monja, ni más ni menos que D. Juan Tenorio; sorprendido por los frailes; acosado por la Inquisición, y obligado otra vez á huir, á regresar á España, donde continúa sus valentías al arma blanca y sus conquistas amorosas, entreveradas con zambras y desafueros, puñadas y coces, burlas á boticarios y otros lances propios de aquel pintamonas del período romántico, Cabrión, á quien Eugenio Sue retrató en *Los misterios de París* quemando la sangre con sus travesuras al portero Pipelet. Estas calaveradas sienten Araujo con mucha exactitud que acaso las realizase la *partida del trueno*, pero que las más serán puras invenciones, referidas en España á Iriarte, y atribuidas á Goya creyendo hacerle así más interesante á los extranjeros; «porque los españoles tenemos á gala que nos crean guape-tones.»

Los supuestos amoríos entre la duquesa de Alba y Goya son lo que más ha cundido de la leyenda, dentro de la misma patria del gran pintor. Todos han oído mil alusiones á esta historia de galantería, que se cree revelada en tapices y cuadros. Y sin embargo, ninguna prueba es fácil alegar en confirmación de semejante historia, que desmienten las noticias cronológicas y los datos claros y seguros y á la cual quita toda verosimilitud el estado y condición de Goya, buen marido, padre de familia, entrado en años y nada galante ni romántico por dentro, como era seguramente Moratín.

La cuestión respecto á la sátira de Goya es la misma que se ha suscitado con respecto á Cervantes mil veces. ¿Fué intencionado todo lo que creemos ver en *El Quijote*? ¿El instinto nada más, la espontaneidad del artista, dictaron episodios como los del *Cuerpo muerto* y la *Insula Barataria*, ó se desahogaba allí la observación amarga de un espíritu que veía más claro que sus contemporáneos y dejaba consignada su perspicacia para que lo entendiesen los venideros? ¿Se puede creer que nadie lance flechas con los ojos vendados y dé en el blanco seguramente? ¿No existen, en todas las épocas, personas que han visto más claro que la sociedad que los rodeaba, y dádose cuenta de los errores generales, y tirado á corregirlos por la insinuación, ya que no podían por el ataque directo y explícito? — Hemos conocido y conocemos casos de esto, y no nos asombran. Lo asombroso no es que una inteligencia recta y clara y no viciada conozca la verdad, sino que posea, en la cantidad que lo poseía Goya, el genio necesario para dar forma docente y ejemplar á ese conocimiento, dentro del arte más intenso y más sugestivo. No faltaría en tiempo de Goya, ni ha faltado en tiempo alguno, una reducida minoría persuadida de que *el sueño de la razón engendra monstruos*; lo difícil es ser Goya para saberlo formular con el lápiz de un modo que jamás se olvide.

* *

Después de Goya, el más genial de los trasladados es Juan Donoso Cortés, primer marqués de Valdegamas y autor muy renombrado, no sólo en España, sino en Europa, del *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*. Quisiera hacer comprender

bien la diferencia que existe entre estos dos personajes, y por qué veo tan superior á Goya. Hay en momentos dados corrientes y movimientos sociales que encarnan en algunos individuos más ó menos representativos, y los acuñan, por decirlo así, en medallas que se parecen las unas á las otras, como se parecen las monedas de una misma época. La corriente del renacimiento religioso ó neo-catolicismo, determinada por los excesos de la revolución y la violencia arrolladora é invasora del Imperio francés, y por la explosión romántica, en su esencia cristiana, produjo las figuras de los Bonald, De Maistre, Ozanam, Chateaubriand, Veuillot, Montalembert, y en España, la de Donoso Cortés. Estas figuras se asemejan. Marcado aire de familia las sella, á pesar de las diferencias individuales. Son *pléyade*, son *constelación*. Es indudable que son fruto y resultado del ambiente; que á nacer en otro siglo, no dirían lo que dijeron. — Goya, por el contrario, se presenta como un fenómeno aislado, acaso contrapuesto á todo el movimiento artístico y de su edad, y sin secuaces ni escuela en las siguientes. Lo individual (tal vez la clave de lo genial) es en él tan fuerte y pujante que rompe por todo, se sobrepone á todo, y se muestra inimitable, libre, salvaje, sin freno ni ley, ó mejor dicho, bajo la suma ley de su propia energía. Es decir, que Goya da de lo suyo, y Donoso recibe, es impulsado por algo que viene de afuera. Por eso le tenemos en opinión de un grande hombre, pero no de un genio propiamente dicho.

* *

Debemos considerarle, especialmente, un admirable orador, aquí y en el siglo de los oradores extraordinarios. Con sorpresa, al releer el celebrado fragmento de Donoso sobre *la Biblia*, parecíame estar leyendo trozos de Emilio Castelar. Es la misma generalización histórica de alto vuelo, son las mismas enumeraciones prestigiosas y brillantes, los mismos largos párrafos, la misma retórica lujosa, meridional y engalanada. En cuanto á las *profecías* de Donoso, uno de los rasgos en que más se asemeja al conde De Maistre, no sería arduo descubrir en los escritos de Castelar varias que también se realizaron. El que conoce bien el mapa político europeo, trata á los grandes personajes, está informado y además posee facultades de primer orden, ¿es mucho si alguna vez profetiza? Lo que Donoso anunciaba respecto al advenimiento próximo del Imperio en Francia, sin duda muchos lo estaban viendo venir entonces; lo que no hicieron fué escribirlo. Entre las combinaciones horribles de los acontecimientos futuros, hay muchas que la lógica anuncia y que proclamadas de antemano pueden graduarse después de *profecías*. Sin tener las aptitudes de Donoso para la política y la historia, el poeta José Zorrilla vaticinó el desastre de Sedán en aquellos conocidos versos:

«Oye, Francia versátil y altanera,
que juegas con la fe de las naciones...»

* *

Juan Donoso Cortés poseía un espíritu soñador, un alma ardiente y mal avenida con la realidad. Acaso en el siglo xv las heroicas empresas, las aventuras, le servirían de válvula. En la Edad Media, el claustro — que entonces no era el retiro, sino un foco de actividades psicológicas inextinguible — le hubiese ofrecido el medio más adecuado á su índole. Él lo decía: la vida ideal es la vida monástica; y sin embargo permaneció en el siglo. Presenció la destrucción de los monasterios españoles, con sus tesoros de arte y de recuerdos; vió degollar á los frailes, y experimentó una impresión parecida á la que causaron á De Maistre las jornadas revolucionarias. Su imaginación viva y de mucho claroscuro quedó herida. Puede extrañarse que Donoso, con tales antecedentes, no figurase entre los carlistas jamás y fuese el acérrimo defensor de Cristina; y de hecho, la prensa tradicionalista ha bebido copiosamente en los escritos del marqués de Valdegamas. Gabino Tejado, su discípulo, amigo y biógrafo, cumplió la evolución que parecía natural en Donoso Cortés: murió carlista resuelto y militante.

Si llegar á la celebridad y á los honores rápidamente fuese lo bastante para ser dichoso, mal se explicaría la melancolía que asombró los últimos años de la vida de Donoso Cortés, y su temprana muerte. Su carácter, aunque orgulloso y arrogante, es noble y simpático, y hoy el interés del crítico se concentra en su alma, más todavía que en sus obras, con ser éstas notables y significativas de un período de la historia del pensamiento.

EMILIA PARDO BAZÁN.



MANUEL PARDO Y ALIAGA

MANUEL PARDO Y ALIAGA

Corría el año de 1872 y anunciábase un hermoso día del mes de agosto, cuando en la plaza mayor de Lima agrupábase la multitud fijando sus miradas en los balcones del Palacio de Gobierno, antiguo edificio que debe su fundación al conquistador del Perú Francisco Pizarro.

No olvidemos consignar que en aquellas agrupaciones formaban extraño contraste las diferentes razas que componen la población limeña, así como los trajes, que tienen mucho de original y caprichoso.

Destacábase en primer término el limeño de pura raza europea, de rostro animado y franco, de mirada brillante y expresiva, y la mujer peruana, seductora, que agasaja y encadena con los hermosos ojos, con la gallardía de su persona, con la vivacidad que le es característica y con la belleza escultórica que la distingue; allí estaba envuelta en la *manta chilena*, de rico burato chino, que es hoy la que reemplaza al celebrado y antiguo manto que no dejaba al descubierto sino uno de los ojos, ardientes y fascinadores. Todavía ahora, bien rebozada en su manta, no es muy fácil reconocer la personalidad, y esto presta mayor y misterioso atractivo á la mujer limeña.

El *tambo*, el *chincholo*, el *africano sin mezcla*, el *mulato*, el *quarterón*, el *chino* y por último el *indio* daban al cuadro realce y colorido pintoresco, digno de ser reproducido por el magistral pincel de Velázquez.

El gentío dirigía de vez en cuando la vista á las elevadas torres de la catedral, tal vez recordando que pocos días antes habían estado suspendidos de aquéllas los sangrientos despojos de Tomás Gutiérrez y de su hermano Silvestre.

Ambos habíanse sublevado reduciendo á prisión al noble coronel Balta, presidente de la República, asesinado horas después en el mísero lecho de un calabozo por Marcelino Gutiérrez y sus secuaces.

Cuatro ó cinco días duró la sombría dictadura de Tomás Gutiérrez, durante los cuales el luto y la consternación reinaron en Lima, si bien por cortísimo espacio de tiempo, gracias á la acertada elección hecha para jefe de Estado en la persona de un ciudadano único capaz en aquellos momentos para restablecer el orden y calmar la ansiedad general.

Y por eso esperábase la salida del presidente Pardo, que en aquel instante prestaba juramento y tomaba posesión del alto y espinoso cargo. Quería el pueblo peruano aclamarlo y demostrarle que su nombre y su gran prestigio político eran la base de todas las esperanzas nacionales.

**

Meses después de las aciagas y dramáticas escenas y cuando con la subida al poder de D. Manuel Pardo y Aliaga se había pacificado el país, llegué yo á la antigua y risueña ciudad de los reyes, abrigando el deseo de conocer al hombre que sabiamente preparaba el progreso de su patria por medio de benéficas leyes y notables reformas administrativas.

La vida pública y la vida íntima de aquel patricio insigne merecen particular estudio.

Hagamos el bosquejo á grandes rasgos. Descollaban en el político peruano las cualidades que ejercen benéfica y poderosa influencia en la vida moral y en las instituciones de los pueblos.

Alma generosa, espíritu elevado y recto, varonil entereza, carácter reflexivo é infatigable constancia para realizar sus propósitos de progreso y reformas generales.

Fácil y persuasiva palabra, propia para subyugar voluntades y fortalecer á los espíritus débiles en instantes supremos de peligro.

Estaba dotado además de enérgico esfuerzo, de

virtudes cívicas, de vastísima ilustración y de elevado talento, valiosa herencia de su ilustre padre, y que desarrollado más tarde en la ruda batalla periodística y en el estudio político-social, produjo saludables frutos para la patria.

Era previsor por extremo, fecundo en iniciativas, protector de todo pensamiento grandioso, al que asociábase con su prodigiosa actividad.

**

Si D. Manuel Pardo sobresalió como estadista, no fué menos digno de elogio como diplomático, así como también por sus filantrópicos sentimientos, de-



MANUEL PARDO Y ALIAGA

mostrados en grande escala en época tristísima de asoladora epidemia. Sin temor al contagio luchó por la salud pública. Allí, en los hospitales, en los focos de mayor peligro, veíasele prodigando consuelos y cuidados y atendiendo como director de beneficencia á cuanto hacíase necesario para contrarrestar los progresos del cruel azote.

Hubo un suceso que puso á prueba su noble abnegación.

El contacto diario con los apestados, su continua permanencia en sitios infecciosos, llevaron el contagio á su propio hogar, y uno de los hijos de Pardo fué víctima de la peste que dieztaba á Lima y á toda la costa peruana.

No por la dolorosa pérdida se retrajo de sus deberes, sino que más bien los llevó á cabo con mayores bríos, aumentándose con esto su prestigio, cimentado ya en servicios hechos á la patria en el terreno de Economía Política, para la cual atesoraba actitudes de alto vuelo.

**

No fué Pardo uno de esos brillantes meteoros que desaparecen sin dejar huella, no; su vida política, sus doctrinas y sus ideas presentan hermoso ejemplo en la historia peruana.

Gallarda muestra dió de su espíritu organizador siendo alcalde municipal, poniendo en práctica todas las hábiles reformas que bullían en su cerebro privilegiado; el trabajo, la industria, la instrucción pública, el embellecimiento de la risueña Lima, encontraron soberano impulso en el infatigable ciudadano.

Fácilmente puede comprenderse que la atención pública estuviera fija en aquel hombre, y que si un

motín hizo triunfar la salvaje dictadura de Tomás Gutiérrez, fuera ésta no sólo efímera, sino odiosa, y que al caer por la potente voluntad del pueblo, levantase éste á D. Manuel Pardo en sus robustos hombros hasta el solio presidencial.

Contaba por entonces treinta y ocho años el caudillo del partido civilista. Todos los problemas que hasta entonces habían sido rémora en el progreso y bienestar nacional, tuvieron fácil y provechosa solución. Con habilidad suma hizo la descentralización administrativa, llevó á buen término la libertad de la prensa, la organización de las oficinas públicas, creó rentas, merced á combinaciones de trascendental alcance.

Su potente imaginación no descuidó el menor detalle, y la marina y el ejército tuvieron gran espacio en las reformas.

Débele su instalación la útil escuela de grumetes, la escuela preparatoria y otros institutos que han sido y son brillantes elementos para el Perú.

Luchó sin tregua contra conspiradores y revolucionarios, dominó situaciones difícilísimas, y en medio de las borrascas y tempestades políticas sostuvo con mano firme la bandera del orden y del progreso.

**

D. Manuel Pardo reunía á su carácter elevado y enérgico un trato por extremo cortés, ameno y afable; complacíase en tratar de asuntos literarios y en proteger toda empresa progresista ó instructiva. Revelábase en su semblante el hombre pensador y observativo, á la vez que bondadoso y familiar. La estatura era regular, la constitución vigorosa, y en la mirada profunda de sus ojos negros reflejaba la continua labor de la inteligencia.

Alejado de la escena política durante algún tiempo, volvió á ella á pesar y contra la opinión de su amante y noble compañera y de sus más íntimos amigos. Era Pardo la poderosa barrera contra la anarquía, y claro está que habían de ensañarse contra él todos aquellos que viven á la sombra de las revoluciones y del desorden social. Los partidos se enconaban cada vez más, hasta que por último fué D. Manuel Pardo víctima de aquéllos.

El hombre más ilustre que en este siglo ha contado el Perú sucumbió á manos de un vulgar asesino, precisamente cuando como presidente del Senado ocupábase en proyectos de leyes benéficas para el país. El sargento Melchor Montoya, al disparar su rifle sobre el insigne patricio, cortó aquella existencia que tantos días de gloria podía dar aún para el país, pues que D. Manuel Pardo sólo tenía á la sazón cuarenta y cuatro años.

Recobrado del primer síncope que produjera la herida preguntó:

— ¿Quién me ha muerto?

— Un soldado, contestóle el senador Dr. Vélez.

— Pobre y desgraciado, balbuceó Pardo, añadiendo: Que el Congreso se acuerde de mi familia: tengo deudas.

El patriota honrado moría pobre.

**

Aún recuerdo la desgarradora escena que tuvo lugar en el Senado cuando la esposa de Prado, loca de dolor, llegó acompañada por sus hijos.

El hombre de Estado estaba en la agonía, y para evitarle un sufrimiento supremo, sólo se permitió que uno de sus hijos recogiera el postrer suspiro.

D. Manuel Pardo pertenecía desde aquel momento á la historia peruana, y es en ella una de las figuras más culminantes en el siglo XIX.

LA BARONESA DE WILSON.



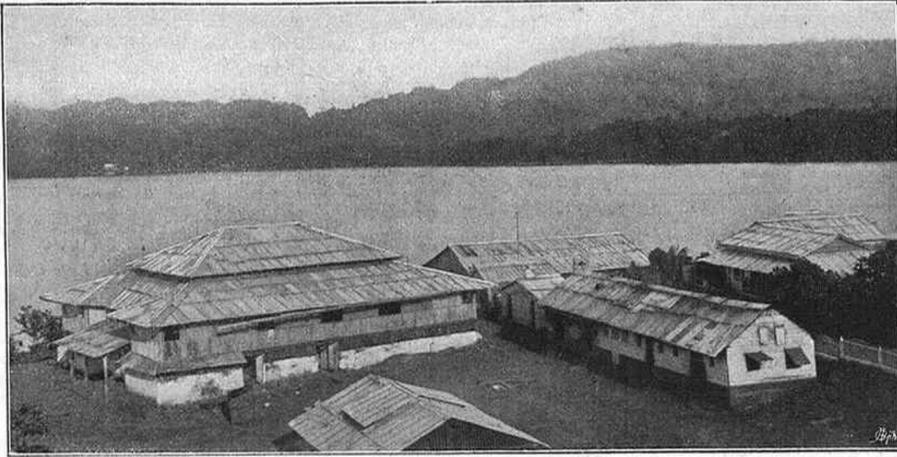
CAROLINAS ORIENTALES

LA COLONIA DE PONAPÉ

(Fotografías de M. Arias y Rodríguez. - Prohibida su reproducción)

Continuando la publicación de la interesantísima información gráfica que de su última expedición nos ha remitido nuestro inteligente y celoso corresponsal en Manila Sr. Arias y Rodríguez, reproducimos en el presente número algunas vistas de la colonia de Ponapé que completan las que insertamos en el número anterior.

La que fué Estación Naval Española en la isla de



CAROLINAS ORIENTALES. - Edificios que constituían la Estación Naval Española de Ponapé; actualmente estación de carbón española

Ponapé, ha sido designada en la actualidad por el representante de Alemania como estación de carbón. Los edificios que la constituyen hallanse situados en una pequeña planicie próxima a la playa, en donde hay un embarcadero y *pantalán* para la carga y descarga y para el acceso al terreno que constituye dicha estación. Los edificios son todos de madera procedente de Filipinas y la techumbre de hierro ondulado y galvanizado.

A un lado de la plaza de la colonia de Ponapé se alza la iglesia parroquial, que es el edificio mejor y más grande de los que hay en las Carolinas Orientales.

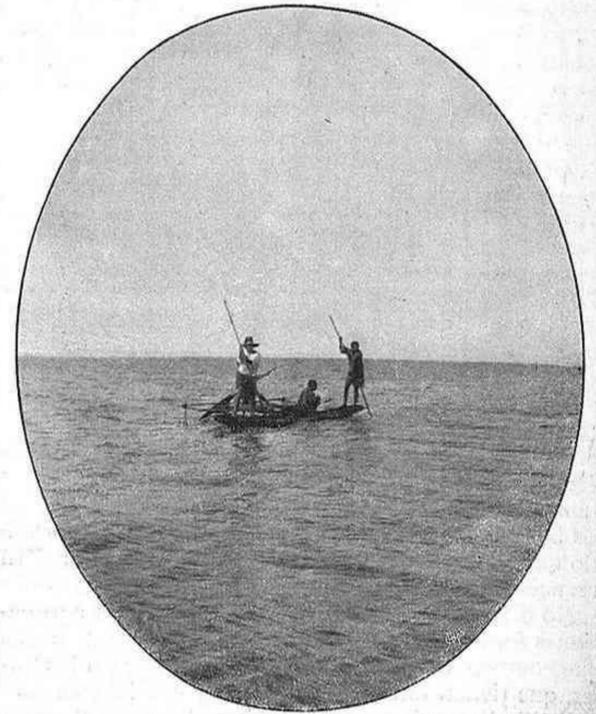
les: ha sido construída toda ella en Manila por no encontrarse en la isla de Ponapé maderas adecuadas para construcción, tiene la techumbre de hierro galvanizado ondulado y ofrece exterior é interiormente un aspecto en extremo agradable, llamando extraordinariamente la atención la gran limpieza que por todas partes se observa. Un bonito arbusto que produce la isla, colocado en macizos simétricos y bien recortados, forma el atrio del templo.

En la fotografía que reproducimos se ve delante de la iglesia la comunidad de capuchinos, á cuyo cargo corre la dirección espiritual de la isla de Ponapé; á la derecha de la comunidad hay algunos kanakas de ambos sexos; el religioso que está á la derecha del sargento de infantería de marina (el que lleva traje y gorra blancos), es el superior de los capuchinos residentes en las Carolinas Orientales Fray José de Tirapu. Estos frailes son los únicos que atienden á todo lo que con el culto de la iglesia y con su comunidad se relaciona: ellos barren, limpian, cultivan su pequeña huerta, lavan, cosen y se fabrican el calzado. Visten pobremente y son verdaderos misioneros, únicos que de nuestra religión existen en ambos archipiélagos carolininos dedicados á catequizar kanakas y á administrar las rancherías que han sido adictas siem-

pre á España, mientras ésta dominó en aquellas islas. El Sr. Arias y Rodríguez, al remitirnos aquella fotografía, hace constar su profundo agradecimiento á los citados padres capuchinos por las muchas atenciones con que todos ellos, y muy particularmente el Superior, le honraron.

Otro de los lados de la plaza de la colonia lo ocupa la Casa Gobierno, edificio de planta baja, de madera, que, como la iglesia, fué construído en Manila y transportado á Ponapé en piezas sueltas y numeradas. Su techumbre es también de hierro galvanizado ondulado.

La Casa Gobierno es grande, tiene un patio central y delante de la fachada principal hay un pequeño jardín, cerrado con una verja de madera, en el que



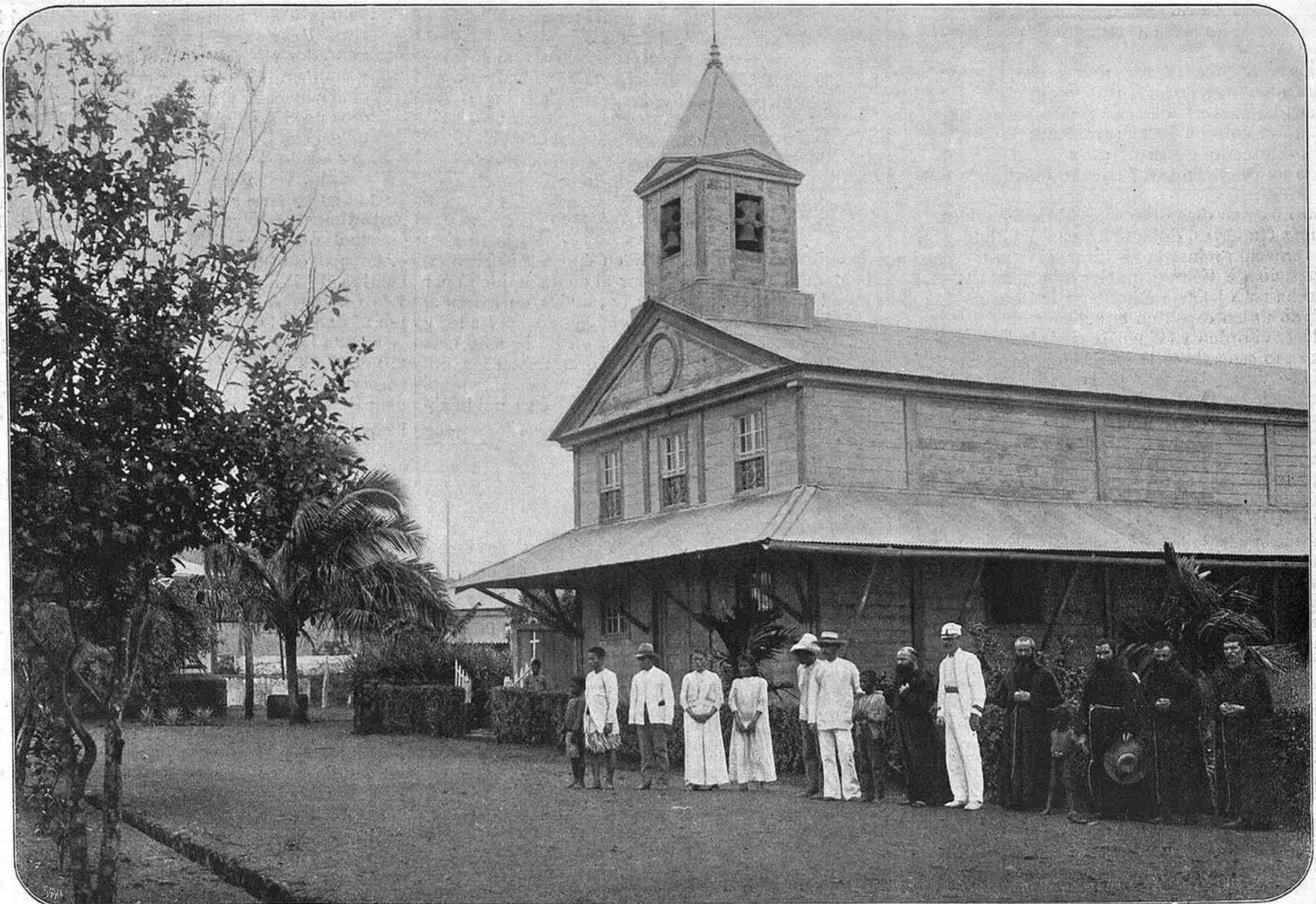
CAROLINAS ORIENTALES. - Isla de Ponapé. - Piragua navegando á tiquín (perchas ó palos largos) sobre uno de los innumerables y extensos bajos que se encuentran en los contornos de la isla Ponapé.

vegetan los más raros arbustos que se producen en la isla.

A derecha é izquierda levántanse unos pequeños pabellones, y en la misma línea y próxima á la muralla está la enfermería de la colonia.

En la misma plaza hay un edificio cuartel capaz para 150 individuos y contiguo á él una gran explanada ó campo de instrucción; y en el extremo opuesto, la factoría militar y un gran camarín que servía para los deportados.

La enfermería que allí existe es uno de los edificios más frescos y mejor situados de la colonia, y



CAROLINAS ORIENTALES. - COLONIA DE PONAPÉ. - IGLESIA PARROQUIAL

se compone de dos cuerpos de madera con techo de hierro, reinando en todas las dependencias la mayor limpieza

Tales eran los principales edificios oficiales de la colonia de Ponapé en tiempo de la dominación española: dueños los alemanes de la isla, como de todo el archipiélago carolino, ignoramos qué destino les habrán dado. Nuestra descripción se refiere únicamente a la época en que nuestro corresponsal visitó aquellos lugares, que entonces aún pertenecían a España. En toda la colonia no hay más edificios de ladrillo ó piedra que el pequeño fuerte, la mal llamada muralla que rodea la población por parte de tierra y los zócalos ó bases y primer cuerpo de los blokhaus.

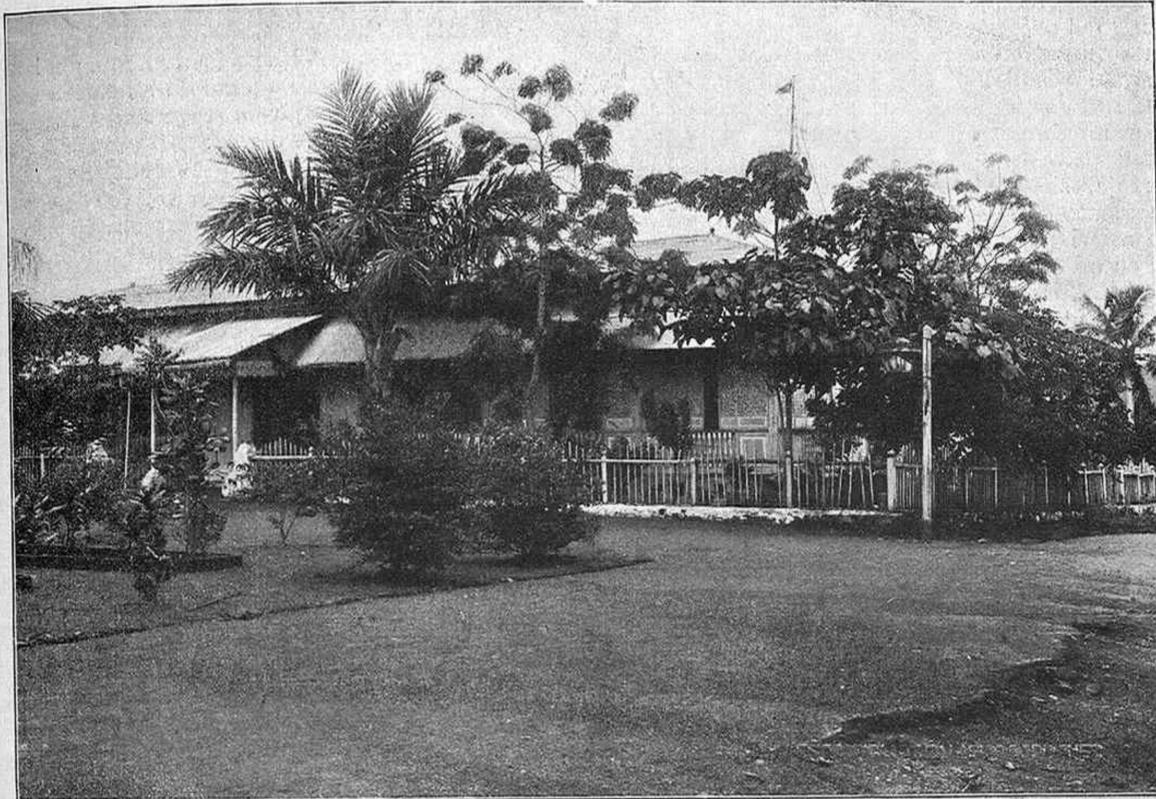
En el centro de la plaza hay un bonito jardín, cuidado con sumo esmero, y en medio de él una plaz-

En la fotografía que reproduce el ángulo izquierdo de la Casa Gobierno aparece un kanaka ó carolino de la ranchería de Kamar, de la que nos ocuparemos en otro número.

He aquí lo que acerca de este individuo escribe el Sr. Arias:

«Por el tipo de kanaka que se ve en primer término, se podrá formar idea del desarrollo y de la musculatura de los isleños de Ponapé. Adorna la cara de mi fotografiado una larga y profunda cicatriz que empieza en la parte superior del ojo izquierdo y termina en la parte inferior del carrillo derecho, cicatriz consecuencia de una herida de machete que recibió de otro kanaka en riña originada por celos. El falde-lín ó taparrabos, denominado *col*, que usa ese carolino, es de los finos y lujosos con motitas diminutas de estambre encarnado.»

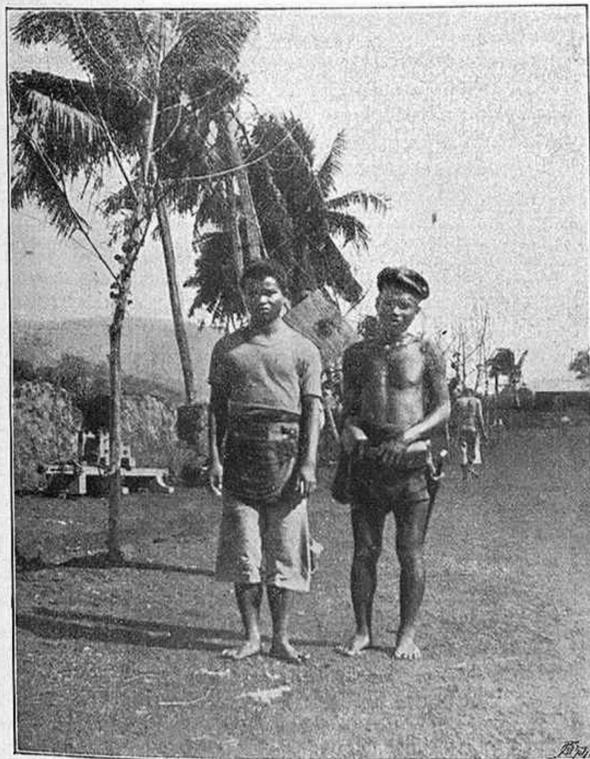
un tronco de árbol ahuecado y resultan ligerísimas por la clase de madera que en ellas se emplea. Llevan en uno de sus costados una batanga de madera



CAROLINAS ORIENTALES. - Colonia de Ponapé. - Ángulo derecho de la fachada principal de la Casa Gobierno

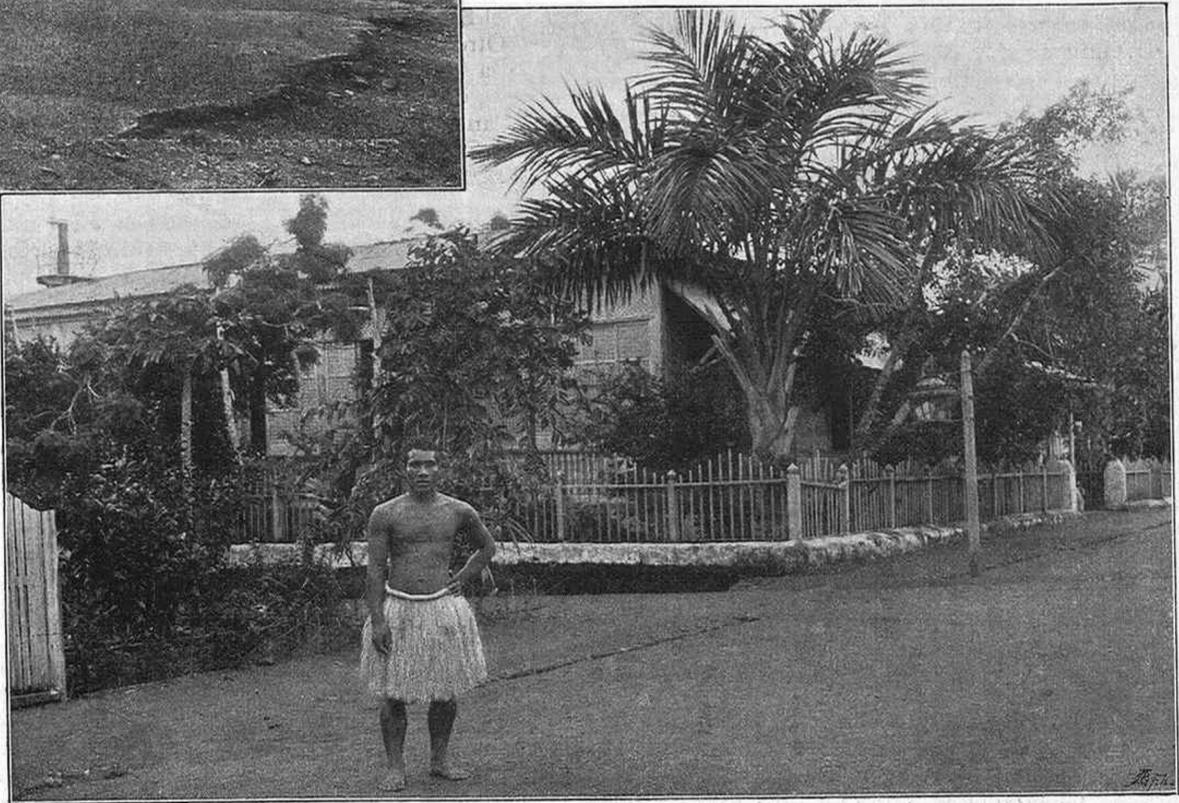
leta. Los macizos del jardín están rodeados de botellas de vidrio introducidas en el suelo por el cuello, que impiden que la tierra arrastrada por las lluvias torrenciales llegue á confundirse con la menuda arena de los anchos y limpios paseos.

Uno de los grabados de esta página reproduce



CAROLINAS ORIENTALES. - Colonia de Ponapé. - Calle de la Marina. - Negros procedentes de Nueva Guinea que llevaron las autoridades alemanas de Ponapé para servicio y custodia de la colonia.

una parte de ese jardín; el edificio que en el fondo de la misma se destaca es la iglesia parroquial de la colonia, cuya descripción hemos hecho antes.



CAROLINAS ORIENTALES. - Colonia de Ponapé. - Ángulo izquierdo de la Casa Gobierno. - Kanaka ó carolino de la ranchería de Kamar, situada en el interior de la isla

Otro de nuestros grabados reproduce una de las calles de Ponapé, la de la Marina, con dos de los negros procedentes de Nueva Guinea que llevaron las autoridades alemanas de Ponapé para el servicio y custodia de la colonia. Estos negros, de feroz aspecto y en estado semisalvaje, de los que dijimos algo en el artículo publicado en el número último, empezaron á cometer excesos al siguiente día del desembarque. El castigo que el gobernador alemán les impuso fué el de recibir un número determinado de palos en medio de la plaza pública delante de los ofendidos kanakas, los cuales parecían muy satisfechos al ver que tan inmediatamente se aplicaba el castigo á los culpables.

Es muy probable que estos negros den mucho que sentir, sobre todo teniendo en cuenta que los kanakas los miran con gran desprecio, por considerarlos, y no sin razón, de raza muy inferior á la suya.

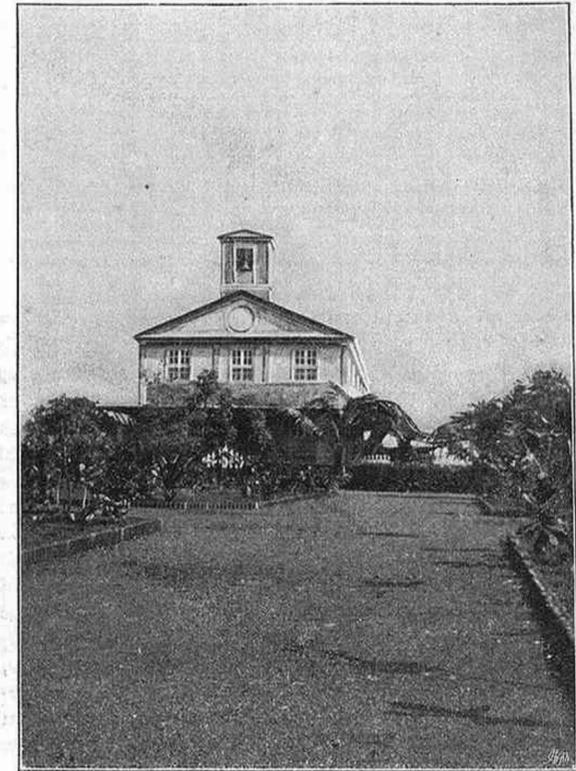
Las piraguas usadas por los kanakas de Ponapé é islas adyacentes, una de las cuales reproduce uno de los grabados de la página anterior, están formadas de

los enlaces de estas piezas forman bonitos dibujos que afectan la figura de pequeños triángulos y cuadrados muy regulares.

«El que por primera vez se embarca en estas piraguas - dice el Sr. Arias - corre el riesgo de caer al agua (como á mí me ha sucedido), pues instintivamente carga uno sobre la parte del flotador, que inmediatamente cede al peso, inclinándose la embarcación hasta penetrar agua en ella y volcar al que no advierte oportunamente el peligro.»

Todas estas piraguas tienen hacia el centro, á la altura de la borda y entre la embarcación y el flotador, un pequeño rectángulo formado de ligeros listones de madera, que sirven á los tripulantes para colocar los efectos que han de salvarse de una mojadura, si no llueve; para resguardar este sitio suelen colocar los kanakas una pequeña cubierta tejida con hojas de coco.

El valor de estas piraguas está en relación de los individuos que pueden soportar, á razón de un duro por cada individuo. - X.



CAROLINAS ORIENTALES. - Colonia de Ponapé. - Vista parcial de la plaza jardín. En el fondo, la iglesia de la colonia

que sirve de flotador y aún más de contrapeso, y que está sostenida por unas ligeras y delgadas maderas curvadas sujetas con filamento vegetal muy retorcido:

GLUCK, «EL INIMITABLE»

— Desengáñate, pobre Gluck, yo no puedo deslumbrarme con las hiperbólicas ofertas de un amante vulgar... Una mujer que, como yo, levanta nueve arrobas de peso con los dientes, no se apasiona por ningún calzafraque sin corazón. El dueño y señor de mi albedrío ha de ser más fuerte que yo, más valiente que yo...

— ¡Adriana!, murmuró el payaso ruborizándose.

— No me supliques..., tus súplicas me exasperan, rebajándote á mis ojos, porque toda súplica reboza una debilidad. De los tres menguados que más decididos parecís á aburrirme con vuestras serenatas de amor, no quiero á ninguno. Nemo, el domador de leones, es más valiente que yo, pero tiene menos fuerza y su apocamiento me disgusta... Parece un niño atrevido á quien podemos vapulear á telón alzado si nos molesta. Alsini, el rey del trapecio, es mucho más vigoroso que yo, lo reconozco, pero es una bestia de carga, sumisa y cobarde. Le desprecio. En cuanto á ti, que pasaste la vida diciendo chistes para hacer reír al público... y que no tienes la fuerza del uno ni diste muestras de atesorar la bravura del otro... A ti, pobre Gluck, no quiero juzgarte... Adiós...

Así habló Adriana Carmezza, la orgullosa italiana que recibía sobre las espaldas una bala de cañón de treinta kilos arrojada desde una gran altura, y levantaba nueve arrobas entre sus dientecillos de otezo, pequeñines y blancos. Y Gluck, *el Inimitable*, permaneció de pie, con los brazos cruzados sobre su robusto pechazo de atleta y los ojos muy abiertos, para no llorar...

Hasta los cuartos de los artistas llegaban los murmullos amenazadores del público que iba invadiendo las galerías; aquella noche Adriana Carmezza celebraba su beneficio, y como en obsequio á la beneficiada la empresa había dispuesto un programa magnífico, la concurrencia era enorme. Luego, cuando resonaron los primeros acordes de la orquesta, los artistas se agolparon en el callejón que conducía á la pista: la representación iba á empezar.

El único que, abstraído en sus imaginaciones, permanecía ajeno á todo aquel movimiento, era el payaso Gluck, *el Inimitable*... Estaba disfrazado de salvaje, con la cabeza adornada por un vistoso penacho de plumas, las caderas ceñidas con un faldellín salpicado de relucientes lentejuelas, y las piernas y los brazos embadurnados de negro y adornados con sendos anillos de oro... Inmóvil, fuerte y mudo como un picacho basáltico...

Casi todos los artistas que por allí pasaban, maravillados de su actitud, le dirigían alguna burla ó le daban en el hombro un amistoso golpecito.

— ¿En qué piensas, Gluck?.. Gluck, ¿qué tienes?

Y Gluck, *el Inimitable*, les miraba sin responder. Luego, cuando vio pasar al atlético Alsini balanceándose sobre sus membrudas piernas de jayán, y á Nemo, aquel héroe de los bosques africanos que había puesto el pie sobre el lomo de tantos leones amansados, el payaso sintió que los celos le flagelaban el corazón y que sus mejillas echaban fuego. Después pasó Adriana...

— Adiós, Gluck, dijo.

En aquel momento el público aplaudía un ejercicio y todos los artistas se agolpaban en un extremo del corredor, junto á la pista. Gluck y Adriana se hallaban en la sombra, tras unos bastidores. Ella vestía de negro: sobre el escote del corpiño se insinuaba el seno, opulento y de marmórea dureza y blancura; el cuello era grueso, el rostro expresivo, con una belleza varonil de amazona espartana; los ojos gallardos y dominadores. El payaso acercóse á ella, y cogiéndola fuertemente por una muñeca, la atrajo hacia sí.

— Adriana, repitió, Adriana..., ¡quíereme!..

Lo dijo de golpe, sin preámbulos, con ese laconismo brutal de las pasiones supremas; un laconismo que daba severidad y valimiento á su sencillo disfraz de salvaje. Ella sonrió con aire desdeñoso.

— ¿Otra vez?

— ¡Cómo no..., si eres mi vida, si cuando te alejas de mí parece que me arrancan el alma!.. ¡Adriana, dame una esperanza y no hagas con esos desvíos que sea célebre esta noche de tu beneficio!.. ¡Adriana, que me pierdes!..

Ella, irritada por la orden que envolvía aquella súplica, le rechazó vigorosamente.

— ¡No!, dijo.

El payaso lanzó un grito agónico y llevóse ambas manos á la cabeza con ademán de trágica desesperación; pero Adriana, furiosa, no satisfecha con desenganzarle, le insultaba.

— ¡No me satisfaces!.. Eres cobarde, eres débil. Los fuertes no mendigan lo que pueden obtener por

sus puños, y tú suplicas... ¿Lo comprendes ahora?.. Me repugnas, me repugnas y te odio. ¡Vete, vete, que no me sirves!..

Sus palabras caían como mazos de batán sobre la cabeza de Gluck, que gemía sordamente. Después, cuando le juzgó bastante castigado y maltrecho, dió media vuelta y se alejó titubeando aquellas caderas amplias y firmes que parecían destinadas á engendrar una raza superior. Gluck, *el Inimitable*, quedó apoyado en la pared, con la cabeza sobre el pecho y flaqueándole las piernas, en la actitud de un salvaje herido.

Momentos después, cuando Adriana Carmezza salía á la pista pagando con sus sonrisas más amables los aplausos del público que la vitoreaba, Nemo y Alsini reaparecieron trayendo cada uno de ellos en la mano un gran ramo de flores. Al verles volvió á resonar en los oídos de Gluck el terrible apóstrofe de Adriana: «Vete, que no me sirves...» y enloquecido, les cerró el paso.

— ¿Para quién son esas flores?, exclamó con voz que el coraje tremolaba de un modo siniestro.

— Para Adriana, repuso Nemo sin inmutarse.

Los tres hombres se miraron sañudamente: todos se odiaban desde que el destino permitió que una misma mujer sirviese de norte á sus deseos, y en aquel momento casi se alegraron de tener un pretexto á que asirse para dar vado á su antiguo rencor. Estaban en un callejón obscuro abierto entre dos bastidores muy altos...

— A esa mujer, repuso Gluck, nadie la obsequia más que yo.

— Quita, payaso, contestó Nemo subrayando la frase con dañina intención.

Pero Gluck, *el Inimitable*, se precipitó sobre él, y arrebatándole el ramo de flores lo arrojó al suelo, despedazado.

— ¡Al que dé un paso, gritó, le parto el alma!..

Ni Nemo, el domador de leones, ni Alsini podían luchar con Gluck, porque al primero le faltaba la fuerza y al segundo el valor; mas en aquel momento la furiosa acometividad del payaso les indujo á unirse, formando una alianza formidable.

— Retírate, bruto, dijo Nemo.

— ¡Atrás!, agregó Alsini, á quien vigorizaba el esfuerzo temerario del domador.

Pero Gluck, fuera de sí, arremetióles sin contestar: su primer golpe fué para Nemo, el segundo para Alsini; dos puñetazos de titán celoso que resonaron con un sordo crujido de huesos. Entonces comenzó una lucha terrible: Nemo había caído al suelo, pero levantóse en seguida y se abalanzó sobre el payaso; mas éste ladeó el cuerpo hurtando un golpe de su rival, contestó con otro y Nemo volvió á caer. Mientras, Alsini descargaba sobre la cabeza de Gluck su brazo de hierro. Era una lucha de colosos; la lucha formidable por la posesión de la hembra, de que habló Darwin.

Y entretanto, sofocando el seco estallido de aquellos golpes furibundos, llegaban hasta los combatientes, como ráfagas huracanadas de entusiasmo, los aplausos con que el público premiaba los ejercicios de Adriana Carmezza.

En momentos tales, Gluck *el Inimitable* se revolvió con la agilidad y el denuedo del jabalí que hace frente á la jauría que le acosa. Unas veces se agachaba para coger á su enemigo por la cintura y voltearle; ó se recrecía para herir desde arriba, ó brincaba para evitar un golpe..., mientras su brazo, aquel brazo vengativo, negro y musculoso como el de un cílope, se agitaba infatigable, machacando cráneos. Enardecido hasta el paroxismo por el furor de la pelea, Gluck *el Inimitable* valía por ciento; y según los casos, ciaba, se cubría, se retrepaba, ya defendiéndose ó atacando, pero siempre incansable y terco, magullando á sus contrarios con sus recios golpes, y exasperándoles y aturdiéndoles con sus denuedos. Cada puñada era un tiro; cada insulto, un salivazo.

De pronto Alsini y Nemo coincidieron en sus ataques y Gluck se sintió abrumado: había recibido un puntapié en el estómago, por la nariz y los oídos derramaba borbotones de sangre, y en aquel momento Alsini procuraba rematarle asestándole dos golpes formidables en la nuca. Gluck *el Inimitable* se sintió desfallecer, pero rehaciéndose se precipitó sobre un arcón que guardaba objetos de carpintería, buscando un arma; sus enemigos, adivinando su intención, imitaron su ejemplo. Alsini cogió un martillo, Nemo un puñal, Gluck un formón.

Entonces la lucha fué breve: al primer encuentro Alsini rodó por tierra, moribundo, y Nemo y Gluck quedaron al fin solos, retándose con la mirada.

— ¡Sobra uno de los dos!, murmuraba el payaso; ¡uno, uno!

— ¡Tú!, repuso Nemo.

Y se acometieron: Gluck paró la cuchillada de su

rival con el brazo, pero Nemo la paró con el corazón, y cayó muerto...

Horrorizado de sí mismo, Gluck *el Inimitable* echó á correr: iba con los ojos fuera de las órbitas, anhelante de fatiga, chorreando sangre, y aquellos hilillos rojizos se coagulaban formando sobre su pecho y sus hombros desnudos extraños arabescos. Al llegar al corredor, todos los artistas que por allí andaban retrocedieron espantados, mientras Gluck les miraba con aire estúpido, buscando un rostro que no hallaba. En aquel instante reapareció Adriana, que volvía de la pista sonriente y cargada de flores: Gluck, al verla, corrió hacia ella lanzando un grito de macho vencedor. Adriana palideció hasta la lividez, y bajo la acrobata viril que levantaba nueve arrobas con los dientes, reapareció la hembra, dulce y tímida.

— ¡Sólo mál!, exclamó Gluck; ¡más valiente que Nemo, más fuerte que Alsini!..

Y repitió varias veces:

— ¡Sólo mál!..

Después, sujetando á Adriana fuertemente por las muñecas, murmuró con ese acento de rencorosa satisfacción del hombre que puede vengarse devolviendo ojo por ojo y diente por diente:

— Ahora, dime: ¿sirvo?..

EDUARDO ZAMACOIS.

GUERRA ANGLO-BOER

Prosiguiendo su movimiento de avance el general Roberts, ha ocupado sucesivamente Winburg y Kronstad, capital esta última del Estado de Orange desde que había sido tomada por los ingleses Bloemfontein. La marcha del generalísimo se ha efectuado sin hallar casi resistencia por parte de los boers, que se han ido retirando sin apenas defender sus posiciones, contra lo que los mismos ingleses esperaban. Únicamente en Smaldeel llegaron á contener á la columna del general Hutton, el cual hubo de retroceder á Virginia en espera de refuerzos, y á no haber llegado oportunamente, en el momento crítico del combate, el contingente de Nueva Gales del Sur, la infantería montada de los ingleses habría sido copada.

Para que se comprenda la facilidad con que se han movido las fuerzas inglesas, bastará decir que éstas han recorrido en 15 días las 120 millas que separan Bloemfontein de Kroonstad.

La consecuencia inmediata de este triunfo parece que será la declaración, antes de poco, de la anexión del Estado libre de Orange á Inglaterra, y añaden noticias de origen inglés que en vista de haber sido poco menos que abandonados por los transvaalenses, quienes se negaron á seguir combatiendo en Orange, los orangistas se muestran descontentos y se presentan en gran número á las autoridades inglesas.

Con estas noticias contrastan, sin embargo, las manifestaciones que un corresponsal del *New York Herald* dice haberle sido hechas por el presidente Steijn, el cual le dijo: «Combatiremos hasta el último extremo. Ningún burgher está dispuesto á entregar las armas. Jamás hemos pensado en separarnos de nuestros hermanos del Transvaal. Lucharemos en el Vaal y en Pretoria, y si fuere necesario, en las montañas. Nada podemos prometernos de la paz, y todo lo podemos esperar de las armas. Cada pequeño éxito de los ingleses ha sido seguido por un tremendo descalabro: después de Elandslaagte, Colenso; después de Belmont, lo de Modder River; después de Bloemfontein, Sannah's Port.»

Por otra parte, según refieren telegramas de Pretoria, el gobierno ordenó recientemente que todos los hombres útiles se reuniesen en la plaza de Burgher, y cuando estuvieron reunidos el presidente Kruger les arengó diciéndoles: «Ha llegado un momento en que la República necesita de todos sus ciudadanos. El enemigo está á las puertas del Transvaal; se acerca el momento crítico.»

Lo cual parece indicar que la situación de los boers es desgraciadamente algo comprometida, y aún hay otro detalle que confirma tal suposición, cual es el de las acaloradas discusiones á que ha dado lugar en el Volksraad una proposición de Kruger referente á la venta de ciertas concesiones en el Rand. Reunióse el Volksraad en Pretoria el día 7 con numerosa concurrencia y con asistencia de los agregados militares extranjeros; el presidente de la República, después de hacer el elogio del general Joubert, dijo que las relaciones entre el Transvaal y los demás Estados, excepto Inglaterra, eran cordialísimas, que las simpatías del mundo entero son para los boers y que el gobierno haría todo lo posible para restablecer la paz. La asamblea aprobó el discurso del presidente y acordó: expresar su sentimiento por no haber aceptado la Gran Bretaña las proposiciones de paz, deplorando la manera como lord Salisbury ha falseado

la situación; transmitir su agradecimiento á las potencias extranjeras por las simpatías manifestadas al Transvaal, y protestar contra las violaciones del convenio de Ginebra cometidas por Inglaterra. Hasta aquí todo había ido bien en el Parlamento transvaalense; pero al día siguiente de la apertura, habiendo propuesto el presidente Kruger vender los derechos de concesión de cierta categoría de burghers para proporcionarse dinero, el partido progresista protestó vivamente contra semejante disposición. M. Van Rensburg dijo que mientras los burghers estaban batiéndose se quería vender su propiedad privada á una cáfila de especuladores mercenarios. M. Kruger contestó que tenía necesidad de dinero á fin de mantener y vestir á los burghers. Algunos individuos hicieron observar que esto estaba en contradicción manifiesta con la declaración hecha por el presidente, en la que éste dice que dispone de fondos más que suficientes para proseguir la guerra. No faltaron individuos que hasta

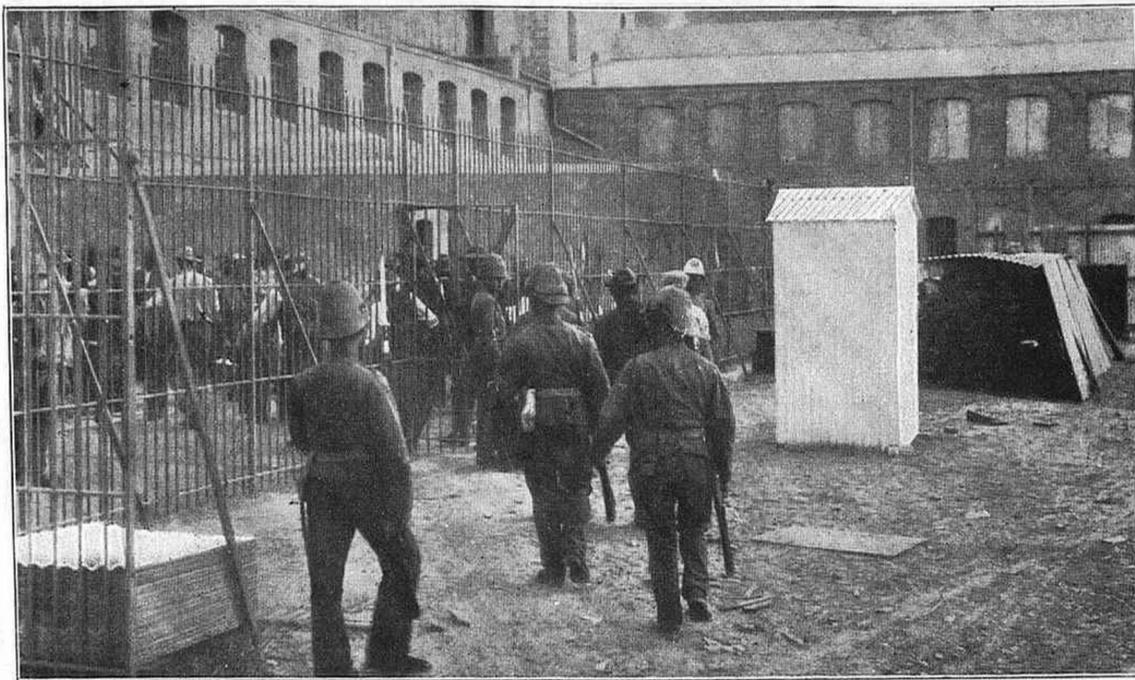
ningún gobierno ha querido aceptar la responsabilidad de una intervención. ¡Siempre lo mismo! Simpatías por los débiles, tantas cuantas se quieran; pero ningún auxilio material, ni siquiera moral.

rra, que no incumbe á la Gran Bretaña responsabilidad alguna como provocadora de una contienda cuyo fin, por parte del Reino Unido, no es otro que proteger los intereses de los súbditos británicos establecidos en las repúblicas boers, y colocados en situación de inferioridad por las leyes del Transvaal y Orange. Ocupándose luego del resultado final de la campaña, dijo Mr. Chamberlain: «El triunfo es seguro, inevitable y próximo, y de él saldrá el país fortalecido, porque la guerra habrá probado nuestros medios de acción. Las condiciones de la paz son estas: Inglaterra no reconocerá la independencia de las dos repúblicas; sus territorios serán respetados de agresiones contra la propiedad individual, y la guerra será seguida de una ocupación militar. Concederemos la autonomía cuando sea posible. En cuanto á los rebeldes, serán objeto de las más amplias y generosas medidas de clemencia.»

En el momento en que escribimos esta crónica, dase como oficial la noticia de la rendición de Mafeking. Aun resultando cierta esta victoria de los boers, no compensará, por desgracia, el efecto que para el éxito definitivo de la guerra ha de producir el avance de las tropas de Roberts, á menos de que éstas sufran algún grave contratiempo, cosa no imposible si, como se asegura, tratan los boers de oponer una resistencia desesperada en Harrismith.

El War Office publica un cuadro de las pérdidas totales sufridas por las tropas inglesas desde el principio de la campaña.

Muertos en el campo de batalla: oficiales, 221; subalternos y soldados, 2.085.
Muertos á consecuencia de sus heridas: oficiales, 54; subalternos y soldados, 504.
Muertos de enfermedad: oficiales, 68; subalternos y soldados, 2.224.
Muertos de accidentes: subalternos y soldados, 51.



GUERRA ANGLO BOER. — Prisioneros boers en la ciudad del Cabo (de fotografía)

llegaron á acusar al gobierno de dilapidar el dinero del Estado. El presidente Kruger salió de la Cámara en un gran estado de exaltación, manifestando que había cumplido con su deber y que se lavaba las manos. M. Smuts protestó contra el proceder del presidente, diciendo que quería privar á los diputados de su libertad de acción y de la palabra.

Si estas discusiones intestinas toman cuerpo, no es aventurado asegurar que han de producir tanto ó más daño á la causa boer que las mismas derrotas que puedan inferirles los ingleses.

Los delegados boers han llegado á Nueva York, en donde han sido recibidos por el alcalde, quien les ha declarado ciudadanos neoyorkinos, y por el Consejo municipal, que ha votado una moción de simpatía hacia las repúblicas sudafricanas. La misión de estos delegados puede darse por fracasada, pues si en todas partes han encontrado afectuosa acogida,

En prueba de ello, véase lo que acaba de ocurrir en Lourenço Marqués, en donde el cónsul general de Inglaterra ha embargado un considerable cargamento de trajes que se suponía destinado á los boers y ha impedido que las autoridades portuguesas entregaran 120.000 kilogramos de cajas de conservas que debían ser enviadas á Pretoria, logrando además que el gobernador de aquella colonia decretara que en lo sucesivo serían consideradas como contrabando de guerra las conservas y las ropas, sin que hasta ahora haya protestado ninguna potencia contra tales desafueros.

Así se crecen en su soberbia los ingleses, y buena prueba de ello es el discurso lleno de arrogancia que el ministro de las Colonias, el funesto Chamberlain, ha pronunciado recientemente ante el comité de la Asociación Liberal Unionista de Birmingham.

El orador trató de demostrar, hablando de la gue-



GUERRA ANGLO-BOER. — CENTINELAS BOERS (de fotografía)



EL POETA DANTE EN FLORENCIA, CUADRO DE RAFAEL SORBI (de fotografía de Franz Hanfstaengl, de Munich)

Total de muertos: oficiales, 343; subalternos y soldados, 4.864.

Desaparecidos y prisioneros: oficiales, 170; subalternos y soldados, 4.221.

Regresados a su país por causa de enfermedad, ó por inútiles: oficiales, 416; subalternos y soldados, 7.203.

Total general de pérdidas: 22.424 oficiales, subalternos y soldados.

El War Office no ha incluido en este cuadro los oficiales, subalternos y soldados heridos actualmente, cuidados en los hospitales del Sud del Africa, porque conceptúa que se hallarán en estado de volver a ocupar más ó menos tarde su puesto en las filas. Su número se evalúa en 2.500 ó 3.000.

Tan aterradoras cifras no parecen conmovir al gobierno inglés; antes al contrario, cada día se advierte en éste más marcado el deseo de proseguir por este camino de aventuras, que lo mismo puede llevar a un colosal engrandecimiento que a una desastrosa ruina. A esta tendencia obedece un discurso recientemente pronunciado por lord Salisbury, en que habló de las medidas de previsión que debe adoptar Inglaterra contra probables ó cuando menos posibles peligros, y no deja de ser significativo dentro de este orden de ideas el siguiente aviso que poco después de aquel discurso publicaron todos los periódicos de Londres: «¡God Save England! Reserva contra la invasión. Voluntarios de la Reina, de Westminster: Los oficiales, sargentos y soldados que hayan sido declarados aptos en los últimos diez años, y que desearan entrar al servicio de S. M. en el caso de hacerse necesario rechazar una invasión extranjera, pueden dirigir la correspondiente instancia, acompañada de su hoja de servicios, á la ayudantía de este regimiento.»

¿A qué móviles puede obedecer semejante invitación? Difícil es asegurarlo; el tiempo lo dirá. — A.

NUESTROS GRABADOS

Fuelle artístico modelado en latón por May L. G. Cooksey. — El talento de un artista puede manifestarse no sólo en obras de importancia y aun á veces insigni-



Fuelle artístico de latón modelado por May L. G. Cooksey, premiado en el concurso celebrado últimamente entre los alumnos de la Escuela de Bellas Artes de Liverpool.

ficantes, pero siempre dentro del concepto del arte, sino que además halla aplicación en multitud de objetos al parecer los menos apropiados á los fines artísticos. Así vemos en todos tiempos el arte puesto al servicio de infinidad de industrias que ofrecen los más variados productos revestidos de formas en las cuales aparecen perfectamente armonizadas la belleza y la utilidad práctica. En nuestros días ha adquirido gran desarrollo este movimiento, cuyas tendencias no pueden ser más laudables, con la ventaja sobre lo que en épocas anteriores acontecía de que hoy estos productos los encontramos puestos al alcance de las fortunas más modestas, con lo que gana mucho la educación estética del pueblo, que es indudablemente uno de los principales factores de la educación general. Muchos son los centros docen-

tes artísticos que fomentan estas tendencias, y en Inglaterra sobre todo los resultados justifican todo el interés que á tal asunto se dedica. Recientemente se ha celebrado un concurso entre los alumnos de la Escuela de Bellas Artes de Liverpool, en el cual han sido premiados una porción de trabajos valiosos de todos géneros, uno de los cuales es el artístico fuelle que reproducimos, elegante en su dibujo, sobrio en el modelado y de una pureza de líneas que recuerda los mejores ejemplares de la escuela en que el autor se ha inspirado.

**

La última copa, cuadro de Francisco Masriera. — Los cuadros de Francisco Masriera, estudiados con admirable prolijidad, cautivan no sólo por la belleza de sus pormenores y la elegancia de las líneas, sino que sorprenden por su encantadora plasticidad. El lienzo que reproducimos revela, como todas sus producciones, la delicadeza de su espíritu y la frescura inagotable de su paleta, distinguiéndose por su sello peculiar y exclusivo que las caracteriza, que aun sin ver encantos se adivinan, presintiéndose la belleza.



La última copa es una galana manifestación de la rara habilidad y buen gusto de un artista que ha logrado notoria personalidad.

**

¡Allá va!, cuadro de Joaquín Agrassot. — Otra bellísima producción del distinguido pintor valenciano Agrassot reproducimos en este número. Trátase de un hermoso estudio, de un cuadro de costumbres de aquella encantadora región, en donde todo brilla y sonríe y hasta la naturaleza preséntase pródiga y exuberante. Pocos artistas han logrado como nuestro amigo dar cuerpo y forma á sus cuadros de costumbres valencianas, y pocos han podido alcanzar como él justa y merecida fama de fidelísimo intérprete de cuanto recuerda y enaltece el país en que nació. Artista de corazón, dedica á su patria las galas de su ingenio y de su rara habilidad y maestría, teniendo sobrados títulos para figurar entre los pintores que más han trabajado en favor de nuestro renacimiento artístico.

**

El poeta Dante en Florencia, cuadro de Rafael Sorbi. — En su *Vita Nuova* nos dice el inmortal poeta que á los diez años se enamoró de una niña de nueve, Beatriz Portinari, y que desde aquel momento «el espíritu de la vida que en la más oculta cámara de la vida se esconde, empezó á estremecerse en él con tal violencia, que le parecía terrible aun en sus más tenues latidos.» Refiere además que luego la vió varias veces hasta un día en que se ofreció á su vista «vestida de blanco y entre dos nobles damas.» Entonces clavó sus ojos en el sitio de la calle en donde la doncella se detuvo tímida y temblorosa, mientras ésta le saludaba púdicamente con inefable dulzura, «y al verla parecióle que contemplaba el objetivo final de toda bienaventuranza.» Tal es la escena que el pintor italiano Sorbi ha trasladado al lienzo que en el presente número reproducimos: el artista se ha inspirado en las propias palabras del poeta, y ha hecho algo más que dar forma á lo que éste describe, pues se ha empapado en el espíritu que aquellas palabras encierran, y al presentarnos las figuras del poeta y de Beatriz ha puesto en los rostros y en las actitudes el alma de ambos personajes, expresando de una manera bellísima la emoción que debieron sentir al cruzarse sus miradas. Y es tal la intensidad de la expresión, que aun estando rodeadas ambas figuras de otras muchas, destacan de todas ellas y adquieren por su virtualidad propia el valor de elementos principales. El cuadro ofrece además desde el punto de vista técnico otras muchas bellezas: la composición resulta armónica, las figuras están muy bien agrupadas y ejecutadas con soltura y perfecto conocimiento de la indumentaria y el paisaje contribuye al encantador efecto del conjunto.

**

En peligro, cuadro de Laureano Barráu. — Variada, tanto como sus aptitudes, es la producción de Laureano Barráu. Y cuenta que en la diversidad de géneros que ha cultivado ha logrado singularizarse, distinguiéndose siempre por sus excepcionales aptitudes. Cuadros históricos, de costumbres, tipos, paisajes, cuanto puede ser objeto de estudio y observación ha tenido para el distinguido artista catalán especial atractivo, sirviéndole de medio para hacer gala de sus facultades para la asimilación y de su facilidad para dar cuerpo y forma á cuanto se propone reproducir con la exactitud de la línea y el encanto de la coloración. Muestra de ello el cuadro *En peligro* que damos á conocer en estas páginas, trasunto de uno de tantos incidentes como se desarrollan en ese espectáculo, mal llamado nacional, que hoy subsiste como contrasentido de nuestra época.

**

Estudio para el cuadro «La Primavera» obra de F. Appleyard. — No se trata de la obra de un artista de reconocida fama: el autor del cuadro para el cual ha sido hecho este estudio no ha salido todavía de las aulas de la Real Academia de Londres; y sin embargo, nóntanse en este fragmento cualidades tan relevantes, que más de un pintor de nota no se desafiara en poner su firma al pie del mismo. Hay en esa figura bellezas de dibujo y sobre todo de sentimiento que se aprecian á

primera vista, sin necesidad de esfuerzo ni de examen minucioso, y que permiten asegurar, sin temor de equivocarse, que quien ha sabido producirlas tiene abierto un hermoso porvenir en su carrera. El cuadro *La Primavera* ha obtenido el premio de la pintura decorativa en el concurso celebrado este año por la citada academia londinense.

Estudio para el cuadro *La Primavera*, obra de F. Appleyard

Teatros. — París. — Se han estrenado con buen éxito: en la Opera Cómica *Le Follet*, pieza lírica en un acto de Pedro Barbier con música de Lefebvre, y en Marigny-Theatre *Un siècle de grace*, fantasía en dos actos de P. L. Fiers con música de Enrique José.

Madrid. — Se han estrenado con buen éxito: en Apolo *María de los Angeles*, zarzuela en un acto de los Sres. Arniches y Lucio, música de Chapí, y en la Zarzuela *La Golfemia*, parodia en un acto de la ópera *La Bohème*, libro de D. Salvador M.^a Gránés y música arreglada por Luis Arnedo.

Necrología. — Han fallecido: Guillermo Durr, escultor alemán, profesor y miembro de honor de la Academia de Artes Plásticas de Munich. Jens Bragge Halvorsen, célebre escritor noruego, ex bibliotecario de la Universidad de Cristianía, autor de importantes obras sobre historia de la literatura. Juan Emilio Pedro Hartmann, célebre compositor dinamarqués, autor de varias óperas, sinfonías, bailes y cantatas de carácter eminentemente nacional y popular, profesor del Conservatorio de Copenhague y director de la Asociación Musical.

Solamente la **CREMA SIMÓN** da á la tez el frescor y la belleza naturales. Exíjase el nombre.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 194, POR L. NOACK.

NEGRAS (4 piezas)

	a	b	c	d	e	f	g	h	
8								♔	8
7									7
6									6
5									5
4									4
3		♙			♚			♚	3
2			♖					♗	2
1	♜	♙						♞	1
	a	b	c	d	e	f	g	h	

BLANCAS (5 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 193, POR K. STAHL.

Blancas. Negras.

1. D a 2 - a 8. 1. Cualquiera.

2. D, C ó A mate.



¡Sí!, contestó enérgicamente la de Kerlor. ¡Ella es!

LOS DOS PILLETES

NOVELA POR PIERRE DECOURCELLE. — ILUSTRACIONES DE J. CABRINETY

PRIMERA PARTE

Lo que dura la felicidad

I

LA VIAJERA

Es de observar, en los trenes, la manera con que el revisor pide los billetes á los viajeros de cada clase.

En tercera:

— ¡Los billetes!, dice secamente abriendo la portezuela.

En segunda:

— ¡Hagan ustedes el favor de los billetes!..

Esto en el tono desabrido de un funcionario público en el ejercicio de su empleo. Se ha contentado con llevar ligeramente la mano á la visera de la gorra: especie de saludo militar, entre la cortesía del paisano y la rigidez del soldado.

En primera clase:

— ¿Tienen ustedes la bondad de pasar los billetes?

La voz ha perdido su acento rígido; la mano ha levantado la gorra. Hay que demostrar que se tienen buenos modales. Puede suceder que haya allí gentes malhumoradas, ingenieros, administradores de la compañía, personajes influyentes... y sobre todo señoras. Puede uno acarrear quince días de suspensión de empleo y sueldo por una palabra dirigida con poco acierto á una dama.

Hay casos difíciles.

Por ejemplo, una mujer sola, en primera clase... Mujer joven, muy bonita, rubia, en traje obscuro, en extremo elegante y sencillo, sin más equipaje que una maletita de mano en la redcilla del coche. Sus manos, finamente enguantadas, sostienen un libro; sin embargo, no lee.

Va á Tours.

¿Es una gran señora?... ¿esposa de algún general ó de algún banquero, ó es simplemente la mujer de algún alférez ó voluntario más ó menos rico?

¡Vayan ustedes á saber, á primera vista!

De este modo pensaba el revisor del tren expreso de París á Tours al taladrar el billete que le presentaba una viajera, sola en un departamento de primera clase.

— No hay duda que es toda una señora, pensó en conclusión, echando una postrer mirada investigadora á sus facciones regulares y puras, algo entristecidas en aquel momento, sin duda por alguna grave preocupación.

Y añadió en voz alta:

— Gracias, señora.

No sin que se quitase por completo la gorra antes de pasar al departamento inmediato.

Aquella visita del revisor había distraído á la joven de las reflexiones en que se hallaba abismada. Cerró su libro, bajó el cristal de la ventanilla y echó una



Á lo lejos, muy lejos, sonaba una campana

larga mirada al horizonte iluminado por los últimos resplandores del sol poniente.

Era un paisaje admirable.

El Loira se deslizaba en lontananza, como una gran serpiente azul, á través de campos engalanados con su verde ropaje primaveral. A derecha é izquier-

da pasaban campanarios, destacándose en la transparencia del cielo por encima de espesos ramajes; castillos con sus grandes parques umbrosos; cabañas de campesinos, que rosales trepadores, parras ó clemátides empezaban á adornar con su naciente verdura.

En todo el valle reinaba una gran tranquilidad, una paz inmensa.

A lo lejos, muy lejos, sonaba una campana de iglesia, y sus notas melodiosas llegaban, muy débiles, al oído de la viajera, sin apagar el gorjeo de los pájaros, que se preparaban á pasar la noche junto á sus nidos aún no acabados.

Por conmovedor que fuese, aquel espectáculo no llevaba al espíritu de la joven señora las sensaciones tranquilas y tiernas que parecía haberle de inspirar.

Evidentemente escuchaba sin oír y miraba sin ver. Sus pensamientos acudían maquinalmente á sus labios en frases entrecortadas.

— ¡Tiemblo!, murmuraba. ¡Y sin embargo, estoy bien resuelta!.. ¡Es preciso que yo encuentre razones, argumentos, palabras para convencer, para conmover á ese hombre!

»Un militar como él, no permanecerá insensible á las súplicas de una mujer. Sabe lo que es el honor... la honra de una familia.

»Comprenderá que no se la mancha por satisfacer una pasión culpable, por violenta que ésta sea.

»¡Pero y si no quisiese oírme!..»

Y presa de un terror espantoso, sacó febrilmente de su bolsillo una carta estrujada, leída sin duda ya muchas veces, pero que volvió á leer, como para descubrir en ella algún sentido nuevo, algún pensamiento escapado hasta entonces á su penetración.

Aquella carta decía:

«Tours, 25 de marzo de 1900.

»¡Estoy loco, Carmen, loco de dolor!

»¿Sabes lo que pasa?.. ¿Eres víctima ó cómplice de lo que se prepara?

»Tu marido está designado para una misión especial en la Guayana. Parte dentro de cuatro días.

»¡Y tú debes partir con él! Así se ha convenido en el ministerio.

»Pero tú no vacilas, estoy seguro. Tu resolución está tomada: no le seguirás.

»No me dejarás á mí, que te adoro, sabiendo que marchándote ocasionarías mi muerte.

»No dejarás á nuestro Marcelino... Una madre como tú no podría vivir lejos de su hijo.»

— ¡Su hijo!, murmuró la joven con voz temblorosa. Y dos lágrimas brillaron en sus grandes ojos azules, agrandados aún más por el dolor.

— ¡Amboise!.. ¡Amboise!.., gritó el empleado del ferrocarril.

Era la última estación antes de llegar á Tours. Calmada un poco la emoción de la viajera, continuó su lectura.

«¡Escucha! Si dentro de dos días no has venido á encontrarme en Tours, voy á París...», le hablo á tu marido...», se lo digo todo...», le enseño todas tus cartas á fin de que no le quepa duda que eres mía, enteramente mía, y las armas decidirán entre él y yo.»

A la joven se le escapó un grito de espanto.

— ¡Es capaz de hacerlo!.. ¡Sí, lo haría!.. ¡Oh, Dios mío, protegédnos!

Y prosiguió su lectura á media voz, entrecortando las frases.

Ya no faltaban más que unas cuantas líneas. «He interrumpido un instante esta carta para reflexionar. Continúo.

»Hablo á sangre fría.
»Todo lo he considerado y lo he previsto todo.
»Estoy resuelto...
»Sabes, Carmen, que nunca falté á mi palabra. Te lo juro por mi honor de militar, por nuestro amor. Si pasado mañana no te tengo á mi lado, al día siguiente iré á París, y Dios decidirá.

»ROBERTO D'ALBOIZE.»

El tren paraba en la estación de Tours.

La viajera subió á un coche y se hizo conducir al gran hotel del Universo.

Pidió una habitación, reparó el desorden de su tocado y se hizo servir la comida.

Después escribió cuatro palabras que metió en un sobre con esta dirección:

*M. Roberto d'Alboize, capitán de Estado Mayor,
calle Royale, 16.*

El mandadero del hotel fué á llevar la carta.

Momentos después, un criado llamaba á la puerta de la recién llegada, diciéndole que un «militar» preguntaba por ella.

Creyó que se trataba del capitán d'Alboize, contestó que le hiciesen pasar y se dispuso á sostener con rigidez la primera mirada del militar.

No era el capitán, sino un simple soldado, correcto, estirado en su uniforme irreprochable, con la mano puesta á la visera del kepis.

— ¿Viene usted de parte del Sr. d'Alboize?, preguntó la mujer. Es usted sin duda el ordenanza.

— Sí, señora, á mucha honra.

— ¿Trae usted la contestación á la carta que le he escrito?

— No, señora.

— Entonces, explíquese.

— El caso es, señora, que mi capitán no se encuentra en Tours.

— ¿El Sr. d'Alboize no está en Tours?

— Verá usted. Se le ha confiado de pronto una misión muy importante, relativa á ensayos de pólvora nueva, y desde ayer se encuentra en la fábrica del Ripault, de donde no puede ausentarse, por cuanto la consigna le obliga á asistir día y noche á la fabricación de la pólvora. Hasta mañana no puede volver. Esto me encargó que dijese á una señora que esperaba llegaría en el tren en que usted ha venido, y que sin duda es usted. En tal caso, me encargó igualmente que la acompañase á la habitación que hizo preparar.

La joven se sintió desfallecer.

Por lo visto, lo que el capitán había escrito era realmente una resolución irrevocable.

Esperaba á su amante. Contaba con que acudiría al llamamiento, abandonando á su marido para huir con él.

Inmediatamente tomó Elena una resolución.

— ¿Está lejos esa fábrica?, preguntó al ordenanza.

— No, señora: distará de aquí, á lo sumo, cuatro ó cinco leguas.

— Pues bien, amigo mío, es preciso que me busque usted en seguida un carruaje para ir allá. ¿Estamos?

— Entendido, señora, contestó el soldado, volviendo á llevar la mano á la visera de su kepis. Dentro de cinco minutos estará el carruaje á la puerta del hotel, con dos buenos jamelgos.

Y girando sobre sus tacones, salió á paso ligero.

El ordenanza del Sr. d'Alboize cumplió su palabra. Antes de que transcurrieran diez minutos había á la puerta del hotel un sólido carruaje tirado por dos vigorosos caballos.

El asistente iba en el pescante al lado del cochero.

La fábrica de pólvora de Ripault está situada en el término municipal de Monts-sur-Indre, pueblecito que no posee más que una posada muy medianeja: *Au Tournebride*, muestra que podía tomarse en el doble sentido de *ventorrillo* y *vuelve-grupas*.

Los soldados viven acuartelados en un pequeño edificio inmediato á la fábrica de pólvora, en la cual nadie puede penetrar durante la noche, y donde al público, aun de día, le está terminantemente prohibida la entrada.

El asistente hizo parar el carruaje delante de la posada.

Aún no debían haberse acostado, puesto que brillaba una luz en una de las ventanas.

Al ruido del coche apareció una sombra á la ventana misma, y en seguida se oyó un grito.

Casi al mismo tiempo la puerta de la casa se abrió con gran ruido de cerrojos, y un hombre que apareció rápidamente por ella, cogió de la mano á la viajera y la hizo entrar, murmurando:

— ¡Carmen!..

El mesonero había bajado también con un vela en cada mano.

Al ver á una señora cubierta con un velo espeso y conducida por su inquilino, abrió la puerta de una salita, modestamente amueblada con una mesa redonda y unas cuantas sillas de paja.

Un resto de lumbre ardía aún en el hogar.

El mesonero puso las palmatorias encima de la mesa y se retiró diciendo:

— Si el señor capitán necesita algo, no tiene más que llamar. Ya no vuelvo á acostarme.

Apenas había cerrado la puerta, cuando la viajera levantó en silencio el velo que le cubría el rostro.

— ¡La señora de Kerlor!, exclamó el militar con acento de profunda estupefacción, palideciendo como un difunto.

— ¡Sí!, en efecto, respondió ella jadeante, Elena de Kerlor, la cuñada de su amante; Elena de Kerlor, que lo sabe todo; Elena de Kerlor, que no ha vacilado en abandonar su casa, en salir sola, en arrostrar todas las dificultades, todos los peligros, por salvar el honor y la vida quizás de una desgraciada y de un insensato!..

Permanecía de pie delante de la chimenea.

Los latidos de su corazón eran tan violentos, que la ahogaban. Tenía seca la garganta.

Fijaba ávidas miradas en el capitán, procurando encontrar en su fisonomía un indicio de esperanza, ó más bien, como en un desafío, el sitio descubierta en que poder herir y vencer á su adversario.

Porque, á la verdad, era un duelo entre el deber y la pasión.

Elena de Kerlor era una rubia adorable; no parecía casada, de tal modo habían conservado sus ojos toda su expresión de ingenio candor y de inocencia, y su boca sonrosada había guardado la purpura fresca de la infancia. Pero una imperceptible arruga en su blanca frente, el color ligeramente azulado de sus párpados, un pliegue apenas indicado en la comisura de los labios, atestiguaban que había llorado mucho, que era mujer casada y que era madre.

Roberto d'Alboize era un guapo mozo, de belleza varonil, altiva, marcial y caballeresca.

Se parecía á esos caballeros del siglo diez y ocho, tan seductores, que á menudo se les creía imaginados por los poetas; que se batían en Fontenoy, después de haber saludado cortésmente al enemigo y sacudido con coquetería sus bocamangas de encaje; que desenvainaban la espada por una sonrisa de mujer, y que se iban á morir al Canadá ó á las Indias, sin más esperanza que un poco de gloria.

En la regularidad perfecta de los rasgos de su fisonomía se leía la nobleza de alma y la franqueza, mientras que en sus labios, muy rojos, ligeramente sombreados por un fino bigote rubio, en la vibración de las ventanas de su nariz, en el fuego de sus grandes ojos, estallaba toda la violencia de una sangre ardiente y pura.

Adivinábase que sus miradas debían dulcificarse á veces hasta las más tiernas súplicas del amor, y que sus labios no debían entonces verse nunca hartos de besos. Bajo la influencia de la cólera, en los combates, el hombre era verdaderamente terrible. El sable debía ser ligero para su brazo, y su mano nerviosa y fina lo debía empuñar con tanta elegancia como vigor.

Elena comprendió todo esto en un instante.

Y tembló á la idea de no encontrar en aquel hermoso oficial más que un infante de Roybet ó un arrogante jinete de Meisonier, sin nada sensible, sin un punto flaco en el corazón, que el suyo pudiese vencer.

Pero, por ciertos pliegues de la boca, por la delicadeza de la barba, por la vaga melancolía que ba-

ñaba todo su rostro, la mujer adivinó en el soldado la huella delicada de una madre de elevados sentimientos.

Y recobró la esperanza.

Roberto d'Alboize no contestó desde luego... Una oleada de sangre le había subido á la cabeza.

Tardó un instante en reponerse, y en un tono de forzada calma, desmentida por la convulsión de sus labios y el temblor de su voz, dijo:

— ¡El honor, la vida de una desgraciada y de un insensato!.. ¡En verdad, señora, que no la comprendo!

— Le repito á usted, caballero, que lo sé todo. Carmen no me ha ocultado nada. Debe partir mañana mismo para la Guayana...; pasado mañana á lo más tarde, y usted se opone á que parta... La manda usted que venga á su lado... Usted quiere que lo abandone todo: marido, familia, y que pisotee públicamente todas las leyes del mundo, todas las conveniencias sociales, para abismarse para siempre en su falta. ¿No es cierto?

— ¿Es ella quien le envía á usted, señora?, dijo Roberto con angustiosa expresión y sin contestar á la pregunta que Elena le hacía.

— ¡Sí!, contestó enérgicamente la de Kerlor. ¡Ella es! El joven capitán dejó caer la cabeza entre las manos.

— ¡Ella, repetía, ella! ¿Es posible? Entonces, ya no me ama!

— Se equivoca usted, caballero. Por más culpable que sea su pasión, Carmen le ama á usted todavía...

— ¡Y no ha venido!

— No ha venido, porque si la pasión la arrastra hacia usted, ha pensado también que tiene una madre á quien ese abandono mataría, un hermano que la idolatra, una hermana prudente á quien ese escándalo quebrantaría y que le ha prohibido huir... Loca de dolor, sacudida por los sollozos, ha cedido á mis súplicas. Pero ha cedido al fin, ¡y no vendrá!..

Roberto se había levantado frenético. La cólera centelleaba en sus ojos y le agitaba el pecho.

— ¿Qué no vendrá?

— No.

— ¿Y sus juramentos?

— Los juramentos que prestó en el delirio de una pasión loca no valen. Hay otros que son sagrados y que le prohíben cumplir los que han mediado entre ustedes dos.

— ¿Otros? ¿Los prestados á su marido quizá?

— ¡Al esposo que aceptó ante Dios, sí!

— ¡Yo los destruiré!

— ¿Matando al marido? ¡No tiene usted derecho á provocarle! ¡Aun matándole en desafío, cometería usted un asesinato!

— La pasión lo excusa todo.

— Excepto la infamia, caballero. Y lo que usted medita, sería una verdadera infamia. Y además, ¿no comprende usted que ese cadáver se levantaría siempre entre usted y ella? ¿Podría Carmen pertenecer jamás al matador del hombre cuyo nombre lleva?

— ¿ese nombre que ha manchado?

— ¿Y su hijo?.. ¿Lo abandona también?

— En medio de todas sus penas, esta es indudablemente la mayor. Pero ¿puede repararse lo irreparable? ¿Quédale, sin embargo, un consuelo en medio de su inmenso dolor: el de pensar que usted se queda al lado de la infeliz criatura, que será para usted un recuerdo vivo y un manantial de valor, mientras que usted será para él una enseñanza y un ejemplo...

— ¡Y el niño no tendrá madre! ¡Aunque viva, habrá muerto para él! ¡Ah, sin duda le ha sido á usted fácil convencerla! ¿Qué le importa mi vida? ¿Qué le importa su hijo?

Roberto d'Alboize iba y venía en la estrecha sala como una fiera enjaulada.

No se atrevía á levantar la voz, y sus palabras de fuego, pronunciadas con un acento furioso cuyas explosiones procuraba moderar, eran, por esto mismo, más terribles.

Elena se sintió perdida y con ella su hermana.

— ¡Es usted muy cruel, caballero!, balbuceó.

— Soy justo.

— Lo admito. Por tanto, ya no hablo en nombre del derecho. Yo no discuto, sino que imploro. ¡Sí!, me arrojé á sus pies. Lo que pido es un favor; ¡tenga usted piedad de nuestra madre! ¡Compadézcase de todos nosotros! ¡Hágalo usted por ella!

Y de rodillas, sollozando, Elena se arrastraba á los pies del joven capitán.

En presencia de esto, Roberto d'Alboize se avergonzó de sus arrebatos.

Su cólera cedió de pronto ante el inmenso dolor de aquella mujer.

Sabía que la que así humillaba la frente ante él, era una de las criaturas más nobles que se pueden encontrar. Carmen le había hablado á menudo de ella, y en sociedad, á pesar del escepticismo y de la

murmuración á que se sienten tan inclinadas las gentes, todo el mundo hablaba de Elena de Kerlor con admiración y respeto.

La levantó turbado, balbuciente.

— Yo soy, señora, el que implora su piedad y la de Carmen. ¡No me es posible vivir sin ella! ¡La amo demasiado!

— Roberto, no hay más amores felices y duraderos que aquellos de que puede uno enorgullecerse á la faz del mundo; aquellos de que podemos dar gracias á Dios como un don supremo; aquellos de que nacen los hijos de que pueden vanagloriarse las madres y besar sin avergonzarse ante todo el mundo.

— ¿Quiere usted que yo renuncie á Carmen?

— Si no puede usted renunciar á ese amor, transfórmele usted, purifíquelo... Besos robados, paternidad vergonzosa, mentiras de cada día, cobardías de cada hora..., ¿qué amor es este? Elévelo usted y élévase usted mismo con él. Deje que Carmen cumpla con su deber. Llórela como se llora á una muerta idolatrada, pensando que labra usted su ventura y que ella le agradece con toda el alma tan noble sacrificio; que á usted le deberá, si no la felicidad, que ésta no es ya posible para ella, su tranquilidad al menos; que habrá usted apartado de su frente el estigma del oprobio y de la infamia.

— ¿Y si el valor me falta?

— Yo se lo inspiraré, ya que también me habrá salvado á mí de la vergüenza y de la desesperación; y le querré á usted, Roberto, con todo el cariño que se profesa á un hermano... Usted es bueno... Piense usted en su madre, en su hermana. Las pobres se morirían de pena si un día deshonrase usted el uniforme que lleva. Tenga usted compasión de la madre de Carmen, tenga usted piedad de mí.

— ¡No volverla á ver! ¡Jamás!

— Sí, Roberto; más tarde la volverá usted á ver. Cuando se hayan calmado las tormentas de su corazón... Entonces podrá usted, en presencia de todos sin sonrojarse, estrechar su mano, y ella la estrechará á su vez con gratitud..., y le expresará con palabras afectuosas su agradecimiento por haber hecho posible su existencia de mujer rodeada de respeto. Cuando se adelanta en la senda de la vida, causa una satisfacción inmensa el volver la vista atrás y encontrarse con una buena acción.

Y como Roberto no contestase, ella prosiguió:

— Capitán Roberto d'Alboize, usted que ostenta sobre el pecho el emblema del honor, usted cuyo uniforme dice «abnegación y sacrificio», en nombre del honor de una familia le pido á usted un acto de abnegación y un sacrificio. Si mañana, para rechazar al enemigo invasor, tuviese usted necesidad de abandonar á su esposa, á sus hijos y á su madre, ¿vacilaría usted? No, porque se lo mandaría el deber. Pues bien: una mujer honrada, una madre sin tacha, le pide de rodillas que muera, si es preciso, porque en este caso también es el deber que manda. ¡Roberto, hermano mío!

El levantó la cabeza.

Sus facciones expresaban un sufrimiento atroz; sus ojos estaban llenos de lágrimas.

— ¡Señora, dijo, el sacrificio es cruel..., pero lo cumpliré! La quiero tanto, que prefiero verme olvidado de ella á saber que sufre. Dígame usted que la amo más que nunca. Dígame usted...

Los sollozos no le dejaron continuar. Momentos después hizo un gran esfuerzo sobre sí mismo.

— No tengo aquí sus cartas... No puedo ausentarme... Está amaneciendo, y dentro de breves instantes debo ir á cumplir con mi deber. Pero voy á mandar un hombre de mi confianza á Tours para que me traiga la cartera en que las tengo guardadas. Se las enviaré inmediatamente. Las recibirá mañana con la dirección de costumbre.

— ¡Ah, gracias, dijo Elena con efusión, gracias!

— Entonces, continuó Roberto, entonces todo habrá concluido. No me quedará nada de ella..., no la volveré á ver. Dígame lo mucho que yo la adoraba y que la adoraré toda mi vida. Si muero antes que ella, ¡oh!, se lo juro á usted, mi muerte no tendrá nada de vergonzoso, será la muerte gloriosa del soldado. Si la noticia de mi muerte llega á sus oídos, tenga la seguridad de que su nombre y el de nuestro hijo se habrán juntado en mis labios con mi último suspiro.

Elena tendió la mano al joven capitán diciéndole:

— ¡Roberto, es usted hombre de gran corazón! Pero doquiera que se encuentre, suceda lo que sucediese, tenga presente que dos hermanas piensan en usted y pronuncian cada día el nombre de usted en sus oraciones. Recuerde que su hijo tiene dos madres.

Roberto cogió la mano de Elena y depositó en ella un largo y respetuoso beso, reprimiendo los sollozos que le desgarraban el pecho todavía.

Después acompañó á la señora de Kerlor hasta el carruaje que la condujo á Tours.

No habían vuelto á cambiar más palabras.

El capitán siguió con la vista hasta el primer recodo del camino el carruaje que se llevaba su última esperanza, y permaneció largo tiempo inmóvil, pálido, con los ojos enrojecidos de sangre, contemplando fijamente el horizonte, que la aurora teñía ya de púrpura, abismado en sus pensamientos.

De pronto, las cornetas del destacamento tocaron diana.

Roberto se pasó la mano por la frente y se dispuso á entrar en la posada. Al volver la cabeza, se encontró delante á su ordenanza, tañ aseado y correcto como si, después de haber pasado la noche en la cama, se hubiese preparado para una revista.

— ¡Ven, Brisquet!, le dijo el capitán. Tengo que confiarte un encargo. Ensilla tu caballo; vas á ir á Tours.

— Está bien, mi capitán.

Mientras tanto, Elena de Kerlor regresaba al hotel. Pidió informes acerca de la marcha de los trenes. Hasta dentro de dos horas no salía el primero para París.

Elena se encerró en su cuarto, y sentada en una butaca se puso á reflexionar.

¡Había salvado á Carmen!

Casi llegaba á olvidarse de que su cuñada era culpable.

Sólo se acordaba de sus penas, de sus angustias, de su terror espantoso cuando la víspera se le había presentado anegada en llanto, loca de desesperación ante la carta que contenía las aterradoras amenazas de su amante, y se había arrojado á sus pies, confesándole toda su desgracia, toda su vergüenza y suplicándole que la salvase.

Y una alegría grandísima llenaba el corazón de la noble mujer, pensando que, gracias á ella, la desesperada de la víspera podría recobrar la calma.

Elena se acordaba también de Roberto y compadecía con toda su alma al pobre capitán.

Aquella abnegación en presencia del deber, aquel desprendimiento heroico de todo lo que, hasta entonces, había sido el encanto de su vida y la esperanza de su corazón, le inspiraban una admiración verdadera.

Comprendía que Carmen se hubiese enamorado de aquel hombre. Y sin pararse un momento en las atroces consecuencias de aquel amor culpable, sólo pensaba y decía:

— ¡Lástima que no se hubiesen conocido antes de que Carmen perteneciese á otro!

Indudablemente, si hubiese pedido la mano de la señorita de Kerlor, la condesa lo hubiera aceptado por yerno. Y Carmen hubiese sido feliz.

Feliz esposa, como lo era Elena en su matrimonio con Jorge de Kerlor; madre feliz, besando con orgullo á su hijo, dulce fruto de un amor bendito, por el cual jamás había pasado una nube.

La ausencia de Jorge, que había marchado hacía dos años á la América del Sur, deseoso de conquistar la fortuna que ambicionaba para su esposa y para su hijo, no entibiaba aquel amor; por el contrario, aumentaba su ternura y su fuerza, comunicándole la voluptuosidad de la esperanza, sin cesar acariciada, de un próximo retorno.

Elena cogió maquinalmente, á fuerza de costumbre, un pequeño medallón que encerraba la última fotografía de Jorge, y se puso á contemplarlo con amor.

De pronto se le ocurrió un pensamiento triste.

En su próxima carta no iba á poder contar al ausente su viaje á Tours.

Iba, pues, á tener un secreto para su esposo.

Hasta entonces, él nada había ignorado, ni siquiera sus fugitivas impresiones, y cuando un suceso tan grave turbaba el curso de su vida apacible, se veía obligada á ocultárselo.

Inflexible en materia de honor, Jorge había expresado á menudo su desprecio y su horror por la mujer adúltera.

Si tuviese la simple sospecha de que su hermana, su querida Carmen, era de las que él flagelaba tan sin piedad, de las que odiaba con tanto encono, ¡qué golpe tan terrible!, ¡qué dolor tan atroz para su orgullo y para su ternura!

Había que evitar á toda costa que sospechase la verdad.

¡Pero Carmen ahora estaba salvada!

Al día siguiente tendría en su poder las cartas que había escrito á d'Alboize y las quemaría como Elena acababa de quemar en la chimenea de aquel cuarto de fonda la carta en que el capitán había comunicado á Carmen sus insensatas resoluciones.

¡Nada quedaría de aquel odioso pasado!

Nada más que un recuerdo vivo en el corazón de Roberto y en el fondo del alma de Carmen.

Del padre idolatrado, el pensamiento de Elena

pasó á su querido hijo, al pequeño Fanfán, como llamaban familiarmente al niño.

¡Pobre criatura! La madre había tenido que enviarlo á Bretaña, al castillo de Penhoët, en casa de su abuela, la vieja condesa de Kerlor, á fin de que su débil constitución se fortificase con las brisas del Océano.

Pero pronto iba á tenerlo á su lado, ágil y vigoroso, digno hijo de la noble y fuerte raza de que descendía, y podría recuperar los besos perdidos.

Estaba entregada á tan dulces pensamientos cuando un criado que llamó á la puerta le dijo:

— Si la señora quiere tomar el tren expreso de París, el ómnibus que va á la estación espera abajo.

En el momento en que Elena tomaba asiento en el carruaje, oyó grandes gritos á poca distancia.

Mucha gente subía corriendo por la avenida.

El conductor del coche miraba, sin acordarse de cerrar la portezuela.

— ¿Qué ocurre?, preguntó un viajero.

— Un soldado que, en la esquina de la calle Real y del paseo, delante del Palacio de Justicia, acaba de caerse del caballo.

— ¿Está herido?

— Gravemente, sin duda. Se disponen á llevárselo en una camilla. El caballo no ha vuelto á levantarse.

— ¡Esos militares son tan imprudentes!, dijo un viejo. Generalmente llevan su caballo á galope por el empedrado, en vez de ir al paso.

— ¡Pobre muchacho!, dijo Elena, quizá es víctima de su celo en el cumplimiento de alguna orden.

El ómnibus se puso en marcha y la viajera no tardó en olvidarse de aquel accidente.

La pobre señora no podía sospechar las terribles consecuencias que había de tener para ella la caída de aquel jinete desconocido.

No sabía que la casualidad la colocaba á diez pasos del hombre por cuya vida hubiese dado su propia sangre tres días después.

En tanto que ella regresaba á París, se prodigaban los cuidados necesarios al herido.

Colocado en una camilla, seguía desmayado.

Había dado de cabeza contra el borde de la acera. Una ancha y profunda herida se extendía desde la parte superior del cráneo hasta la ceja.

Cuatro soldados, destacados del cuerpo de guardia, lo transportaron al hospital civil, porque el militar había sido evacuado pocos días antes á causa de una epidemia de viruelas.

El interno de servicio le practicó la primera cura en el gabinete de entrada.

No había vuelto á recobrar los sentidos, pero vivía aún.

Se le subió á una de las salas del primer piso.

Había una cama vacante en un ángulo, cerca de la puerta de entrada, sin que tuviese ninguna otra al lado, á excepción de la ocupada por un enfermo convaleciente, dado ya de alta, que iba á salir del hospital á la mañana siguiente.

Colocaron al herido en aquella cama, después de haberle quitado rápidamente el uniforme.

Apenas acostado, el herido abrió los ojos, y llevándose las manos al costado, hizo un violento esfuerzo por hablar.

Se le hinchó el pecho, las venas del cuello se tendieron; abrióse la boca, sus mandíbulas se movieron varias veces, sin que el infeliz pudiese articular una sílaba.

Por último, después de varias tentativas infructuosas y desesperadas, dejó escapar confusamente una palabra.

— ¡Car..., car..., cartera!

Al mismo tiempo su rostro, del que el interno había lavado la sangre, tomó un color encendido y sus ojos centellearon.

Luego se le cerraron convulsivamente los dientes, y su cuerpo se dobló hacia atrás, como un arco tendido.

Todos sus miembros, contraídos, se retorcieron como cuerdas.

De pronto el cuerpo, como petrificado, quedó inmóvil en una espantosa rigidez.

— ¡Demonio!, dijo en voz baja á su interno el jefe de clínica, que había acudido á asistir al enfermo, he aquí un caso curioso de opistotonos. Ya sabe usted que es una de las formas más raras del tétano. Generalmente se atribuye la causa á una sacudida moral coincidiendo con una herida en la cabeza. Este soldado parece que llevaba su caballo á galope tendido cuando se cayó. Quizá ha sido dolorosamente afectado por no poder llenar su misión... ¿Han avisado al comandante de la plaza?

— Sí, señor.

Mientras tanto, el médico había reconocido la herida.

(Continuará)

LA FOTOTERAPIA

En el mes de julio de 1893 un joven médico dinamarqués, prosector de la facultad de Medicina de Copenhague, daba á conocer un tratamiento de la viruela en extremo curioso: el doctor Niels Finsen aislaba á sus enfermos en una habitación en donde la luz estaba tamizada por cristales ó telas encarnadas, es decir, en una especie de gabinete fotográfico en donde no penetraba ningún rayo luminoso químico. El referido médico estimaba que bajo la influencia de aquel aislamiento particular las pústulas variolosas supuraban menos, y cuando sobrevenía la curación las cicatrices eran nulas ó poco marcadas, preciosa ventaja para los que conocen los horribles estigmas que á menudo deja la viruela.

El método de tratamiento era original; pero el doctor Finsen había tenido precursores que habían colocado sencillamente á sus enfermos en la más completa obscuridad, entendiéndose que la ausencia de todo rayo solar favorecía singularmente la terminación feliz y sin señales de la enfermedad. Black, en Chesterfield, lo empleaba desde 1867, y Gallavardin, en Lyon, había obtenido de él buenos resultados. Y cosa más curiosa, un médico de Montpellier, en el siglo pasado, se acordaba de haber visto en su niñez á los niños atacados de viruela envueltos en telas de color de escarlata, práctica antigua que parece haber sido tomada de los tiempos más remotos, puesto que en el Japón y en el Tonkín algunos médicos han señalado la costumbre de relegar á los variolosos á habitaciones oscuras, cubiertas á menudo de telas encarnadas.

Aun no siendo nuevo el tratamiento de Finsen, no por esto era menos original y de fácil aplicación; sin embargo, fuera de algunos médicos que lo ensayaron en su clientela, como Juhel-Renoy y Oettinger, no ha alcanzado gran éxito, y no creemos que en París ni en provincias se aplique de una manera sistemática.

Este tratamiento, no obstante, se derivaba de una idea exacta á la que antes de Finsen no se había prestado bastante atención. La luz obra sobre los tegumentos de un modo enérgico, tanto más cuanto más intenso es el foco luminoso y más concentrados son sus rayos. Si corréis por el campo en un día hermoso de verano, fácilmente pillaréis, si no tenéis cuidado, una insolación; si realizáis una ascensión alpestre y no tomáis la precaución de proteger vuestra cara y vuestra nuca por medio de un velo, tendréis un eritema solar de los más desagradables y á veces de los más dolorosos.

Durante mucho tiempo se atribuyó la producción de ese eritema, de esa especie de eczema, á la simple acción de los rayos solares. En 1859, Charcot fué el primero que pensó que esta irritación cutánea era producida, no por los rayos caloríficos, sino por los rayos químicos.

Esta hipótesis muy importante fué demostrada experimentalmente veinte años después por Widmarck, de Estocolmo, y ha sido desde entonces comprobada por un gran número de observadores de todos los países, tales como Unna, Hammer y otros no menos autorizados. El empleo cada vez más generalizado de la electricidad ha venido además á demostrar que la acción de la luz eléctrica es idéntica á la de la luz solar y con frecuencia mucho más enérgica. Maklakof y el doctor Defontaine habían observado los peligrosos efectos producidos en los tegumentos de los obreros expuestos á una luz eléctrica intensa, como la que se emplea en la soldadura eléctrica de los metales: la mayor parte de ellos presentaban, además de una conjuntivitis catarral, á menudo duradera y á veces supurativa, una dermatitis sobreaguda, acompañada de sequedad de la piel, formación de pústulas y descarnación completa al cabo de algunos días. Ahora bien, la radiación calorífica que se produce durante estas soldaduras eléctricas es relativamente débil, y no pueden atribuirse á la intensidad del calor las graves reacciones provocadas á distancia sobre la piel de los trabajadores.

Widmarck demostró, por medio de un experimento muy ingenioso, que no son los rayos caloríficos, sino los químicos, los que determinan esta irritación de la piel. Sabido es que los llamados rayos químicos son los rayos luminosos más refrangibles y que se encuentran en la faja del azul, del morado y sobre todo del ultravioleta del espectro; en esa zona el efecto calorífico es mínimo y el químico considerable. En la zona del rojo y del ultrarrojo sucede todo lo contrario.

Widmarck empleaba una lámpara de arco eléctrico de una potencia igual á la de 1.200 mecheros Carcel, aislando los rayos caloríficos, para lo cual hacía

pasar la luz al través de un depósito que contenía un regular espesor de agua, é impidiendo, por el contrario, la llegada de los rayos químicos mediante la interposición de una placa de cristal ordinario que absorbe los rayos ultravioleta. Excluyendo los unos ó los otros, consiguió demostrar que la acción de los rayos luminosos, sin los rayos ultravioleta, no determinaba lesión alguna en la piel, que si se les dejaba pasar y se suprimían los rayos caloríficos, sobrevenía la dermatitis. La prueba era concluyente, y á su riqueza en los rayos ultravioleta se debe el que la luz eléctrica ejerza una acción irritante tan pronunciada, aun á distancias en que no se percibe ningún rayo de calor.

Partiendo de estos datos experimentales, Finsen pensó que la exclusión de los rayos químicos sobre tegumentos enfermos, como en la viruela, debía asegurar una marcha más regular, una atenuación de la inflamación, y el tratamiento de los variolosos por su procedimiento ha demostrado la exactitud de esta interpretación. Desde entonces Finsen ha buscado la aplicación de esta acción distinta y especial de los diversos rayos luminosos al tratamiento de otras afecciones.

Aparte de esta acción irritante, ejercen los rayos químicos una acción destructora sobre las bacterias, como lo han demostrado las investigaciones de un

gran número de biólogos, penetrando además en los tejidos á través de la superficie tegumentaria hasta una profundidad bastante grande. Finsen ha pensado en utilizar estas diversas propiedades, y en vez de eliminar los rayos químicos, como hace en el tratamiento de los variolosos, se esfuerza por obtenerlos concentrados, tomándolos bien de la luz solar, bien de la eléctrica, para modificar ciertas inflamaciones cutáneas de origen microbico, tales como el lupus. Esta afección, forma de tuberculosis de curso lento, produce deformidades profundas en la cara, destruyendo por ulceración gradual la nariz y los labios, y se muestra desgraciadamente rebelde á muchos tratamientos.

Según sea la estación, recurre Finsen á la luz solar ó á la eléctrica: como es preciso obrar sobre un bacilo hundido en el espesor de los tejidos, el bacilo tuberculoso, se necesita para que los rayos puedan llegar hasta él y destruirlo que éstos sean muy concentrados, pero al mismo tiempo hay que evitar que esta concentración engendre un foco calorífico demasiado intenso. Para ello se hace indispensable, por consiguiente, enfriar el haz luminoso. A este objeto ha imaginado Finsen una enorme lente, de 30 á 40 centímetros de diámetro, formada por un cristal plano y otro convexo, entre los cuales queda un espacio libre que llena con una solución de sulfato de cobre amoniacal (fig. 2). Esta solución permite el enfriamiento del foco luminoso absorbiendo una gran parte de los rayos ultrarrojos por el agua y los rayos rojos y amarillos por la coloración azul. Los rayos azules, morados y ultravioleta no resultan muy disminuídos al pasar por esta pantalla.

Por medio de esta lente se proyectan los rayos solares sobre la parte enferma: la superficie expuesta no excede en general de 1'5 á 2 centímetros, como máximo, á fin de evitar una reacción demasiado viva, y la exposición no dura más de una hora al día. Esto basta para provocar sobre la placa luposa hinchazón, rubicundez y á veces hasta ampollas de serosidad. Según sea la intensidad de la reacción, se verifican las sesiones con menos frecuencia y se disminuye la duración de las mismas. Inútil nos parece añadir que las partes vecinas están cuidadosamente protegidas, como puede verse en la figura 1.

Para utilizar la luz eléctrica, que se emplea en las estaciones lluviosas cuando no brilla el sol, se usa un aparato algo más complicado (fig. 3). Los rayos emanados de una lámpara de arco eléctrico suspendida en el techo son enviados oblicuamente á una especie de telescopios que permiten dirigirlos exactamente sobre el punto enfermo; un sistema de lentes de cuarzo, colocado en distancias focales exactamente calculadas, concentra los rayos más divergentes. Entre las lentes hay una cierta cantidad de agua destilada que enfría el haz luminoso interceptando los rayos ultrarrojos. El calor, sin embargo, no es siempre bastante atenuado y se hace á menudo necesario interponer entre el rayo convergente y la piel una lente formada por dos placas de cristal, plana y convexa, entre las cuales circula una corriente de agua fría. Pueden tratarse simultáneamente cinco ó seis enfermos, como indica el grabado (fig. 1), pero es indispensable proteger contra el brillo de la luz á los enfermos y aun á las enfermeras: unos y otras llevan anteojos azules.

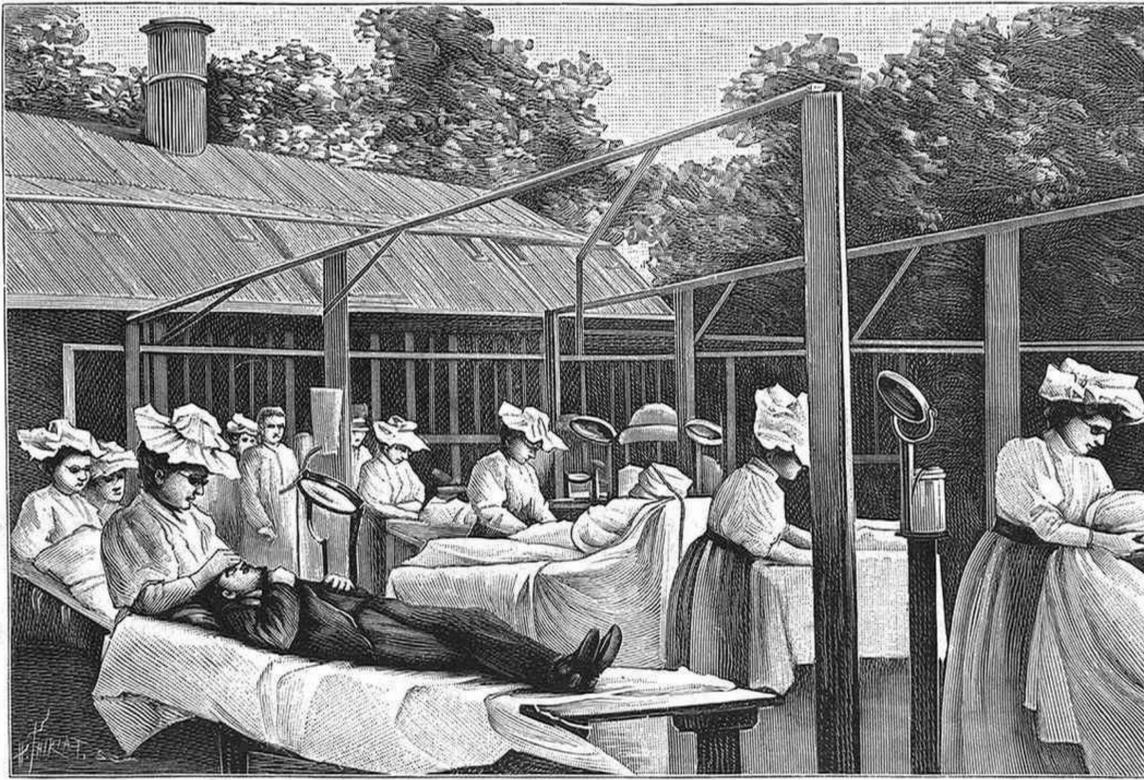


Fig. 1. - Tratamiento de enfermedades por la luz solar

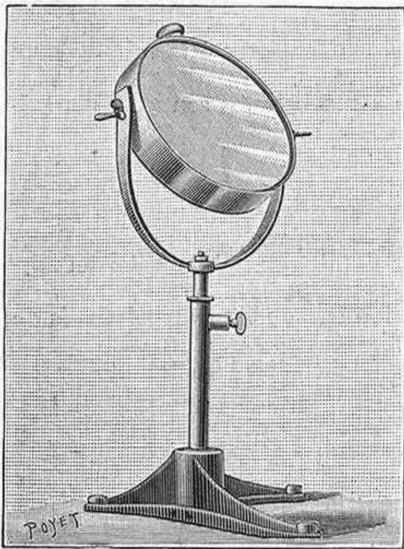


Fig. 2. - Lente para concentrar los rayos solares

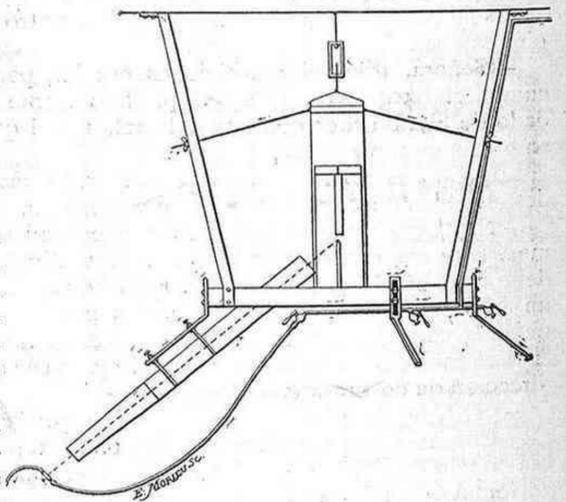


Fig. 3. - Esquema del aparato para luz eléctrica

La cifra de los enfermos tratados por este procedimiento es considerable, elevándose á más de 350. En los primeros tiempos, Pinsen aplicaba únicamente la luz; pero ahora agrega, en determinados casos, la acción de un apósito de ácido pirogálico destinado á poner la piel lo más flexible que se pueda y á hacerla, por ende, más fácilmente penetrable á los rayos químicos. Los resultados obtenidos con este método son en extremo satisfactorios: las fotografías que hemos visto y que no reproducimos porque pertenecen únicamente al dominio de la patología, representan deformidades, mutilaciones graves y ulceraciones extensas, curadas sin dejar más que huellas insignificantes. La principal ventaja del tratamiento por los rayos químicos está precisamente en la flexibilidad y poca visibilidad de las cicatrices, debiendo añadir que no es doloroso y que las recidivas son muy raras, lo cual será bastante para justificar la adopción de este procedimiento contra una enfermedad de las más graves y más difíciles de curar.

En este mismo orden de ideas se ha pensado en utilizar los rayos Röntgen para la curación del lupus. Kümmell y Lapinski han publicado un número de

observaciones de úlceras luposas modificadas muy felizmente por una serie de sesiones de radioscopia. Los tegumentos sanos y el cuero cabelludo necesitan en este caso ser protegidos de una manera muy especial contra la irritación muy viva de estos rayos. Kümmell se sirve para esto de caretas de plomo. Como con los rayos químicos, la cicatriz es lisa y poco saliente, pero la reacción es generalmente mucho más viva y en algunos casos se hace preciso suspender el tratamiento.

Todo esto no son más que aplicaciones restringidas del tratamiento por la luz que importaba señalar á causa de los resultados obtenidos; pero la fototerapia tiene un campo mucho más vasto. La luz es el elemento vivificador y regenerador por excelencia, y todo en la naturaleza está sometido á su influencia, su acción sobre el organismo animal no puede ser más patente, produciendo en él aumento de actividad de la circulación, de los cambios nutritivos y del desarrollo físico. Todas las funciones se modifican por efecto de la acción del sol y casi en igual grado por la luz eléctrica, y esta potencia vivificadora y regeneradora ha sido utilizada en el tratamiento de

Kellog por los baños de luz, que consiste en exposición al sol con el cuerpo desnudo durante horas enteras, evitando, merced á una sombra metódica, los efectos irritantes y las insolaciones. Los baños eléctricos, baños de luz con arco ó con lámparas de incandescencia, reemplazan á los baños de sol cuando el clima ó el mal tiempo no permiten el paseo al aire libre. Generalizados hoy en muchas partes é instalados en la mayoría de las grandes ciudades, como Roma, Viena, París, etc., los baños eléctricos han sido ensayados con éxito por Winternitz, Freytag, Colombo, Diamanti y otros contra la gota, el reumatismo y la obesidad. En los estados de languidez orgánica, en esas enfermedades tan acertadamente denominadas por el profesor Bouchard enfermedades por lentitud de nutrición, reumatismo, obesidad, etc., es en donde mejor se comprueban los buenos efectos de esa balneoterapia luminosa.

Rayos caloríficos, rayos químicos, los unos empleados en un sentido, los otros en otro, aisladamente ó en conjunto, todo es luz y la luz es la vida.

DR. A. CARTAZ.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE APIOL DE LOS JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORS, RETARDOS
 DEPÓSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
 Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curada por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
 Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

El único Legítimo
VINO DEFRESNE
 con **PEPTONA**
 es el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente.
 PARIS : 4, Quai du Marché-Neuf y EN TODAS FARMACIAS.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. — PRECIO : 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA.
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D' CORVISART. EN 1856
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS **DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALGIAS DIGESTION LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION**
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR de PEPSINA BOUDAULT
VINO de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie GOLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

AVISO A LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS JORET Y HOMOLLE
 CURA LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 FARMACIA BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, **Hydropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.**
 Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los Ferruginos contra la **Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.**
G RAGEAS al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París.

Ergotina y Grageas de HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.
ERGOTINA BONJEAN
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de París
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S^o-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Expediciones : J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

APIOLINA CHAPOTEAUT
 NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL

Es el más energético de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la

SALUD DE LAS SEÑORAS
 PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

EL SR. JAUME, por Jacinto Ribeiro. — Es esta una novela inspirada en los mejores sentimientos y contiene una lección muy digna de ser meditada por los que hacen del matrimonio un negocio como otro cualquiera. El argumento es interesante, la idea en que se inspira es noble, los tipos están bien definidos y se sostienen perfectamente y la acción se desarrolla con naturalidad hasta llegar al desenlace que deja grata impresión en el ánimo. El libro del Sr. Ribeiro ha sido impreso en Jerez en la imprenta de «El Guadalete.»

MEMORIA ACERCA DEL ESTADO DEL INSTITUTO PROVINCIAL DE 2.ª ENSEÑANZA DE GUIPÚZCOA DURANTE EL CURSO DE 1898 Á 1899, por D. Marcelo Llorente y Sánchez. — De la lectura de esta interesante memoria se desprende el estado próspero de aquel establecimiento docente guipuzcoano, no sólo por lo que acerca de ello consigna en su trabajo el docto catedrático y secretario del Instituto Sr. Llorente y Sánchez, sino que también por los numerosos y completos cuadros estadísticos que á la memoria acompañan. El folleto ha sido impreso en San Sebastián en la imprenta de J. Baroja é hijo.

AJEDREZ MAGISTRAL, por Andrés C. Vázquez. — Con este título ha empezado á publicar el conocido escritor y notable ajedrecista D. Andrés C. Vázquez una serie de monografías en las que se exponen no sólo las aperturas ó planteos más usuales, sino que también estudios acerca de problemas y posiciones curiosas y una selección de partidas jugadas en la Habana por los principales maestros y aficionados del noble juego. La primera de estas monografías está dedicada al gambito Evans, que el Sr. Vázquez estudia bajo todos sus aspectos y en sus distintas variantes, ilustrando la explicación con numerosos grabados. El libro, impreso en la Habana, se vende á un peso plata.



EN PELIGRO, cuadro de Laureano Barrau (Salón Robira, Fernando VII, 59)

VERSOS Y PROSA, por Joaquín M. Bartrina. — Se ha publicado el tomo 72 de la «Colección Diamante» que con tanto éxito publica el editor barcelonés D. Antonio López: contiene varias composiciones en prosa y verso del malogrado escritor reusense cuyo solo nombre es la mejor garantía de la bondad de las mismas; en todas ellas se admiran las relevantes dotes de poeta y pensador profundo que caracterizaron á Bartrina. Se vende á dos reales.

RIMAS, por Laura Bustos. — Contiene este libro una colección de poesías de una malograda poetisa chilena que murió antes de haber cumplido trece años: en ellas se notan naturalmente las inexperiencias propias de una inteligencia infantil, pero se advierten también cualidades de sentimiento, sobre todo, que maduras por el estudio habrían dado seguramente magníficos frutos. El tomo ha sido impreso en el establecimiento Roma, de Santiago de Chile.

NOTAS DEL COR, por Ramón Masifern. — Las composiciones líricas contenidas en este tomo justifican perfectamente el título que su autor, el aureado poeta catalán Sr. Masifern, les ha dado. Son realmente notas salidas del corazón, impregnadas de sentimiento, llenas de esa poesía popular sana y robusta que recrea y fortalece y avaloradas por una versificación fácil, armoniosa y exenta de artificios. El tomo, impreso por F. Giró, en Barcelona, se vende á seis reales.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

La Enciclopedia Jurídica, revista decenal teórico-práctica de Jurisprudencia y Legislación que ha comenzado á publicarse en Madrid (Fuencarral, 36); Miscelánea, semanario ilustrado madrileño; La Gaceta de los ferrocarriles de la Isla de Cuba, revista de agricultura, industria, comercio, etc., que se publica en la Habana; El Mentor, periódico bisemanal de Chacabuco (República Argentina.)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

Las
 Personas que conocen las
PILDORAS
 DEL DOCTOR
DEHAUT
 DE PARIS
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.
 No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té.
 Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS
JAQUECAS y NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm. 114, Rue de Provence, PARIS
 MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

de los Dres **JORET y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO
 MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso **REGENERADOR**
 prescrito por los Médicos.
 Este Vino, con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina, en virtud de su asociación con el hierro es un auxiliar precioso en los casos de: **Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, etc.**
 102, Rue Richelieu, Paris, y en todas farmacias del extranjero.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en ojas, para la barba, y en 1/2 ojas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILAVOLE, DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris**

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN